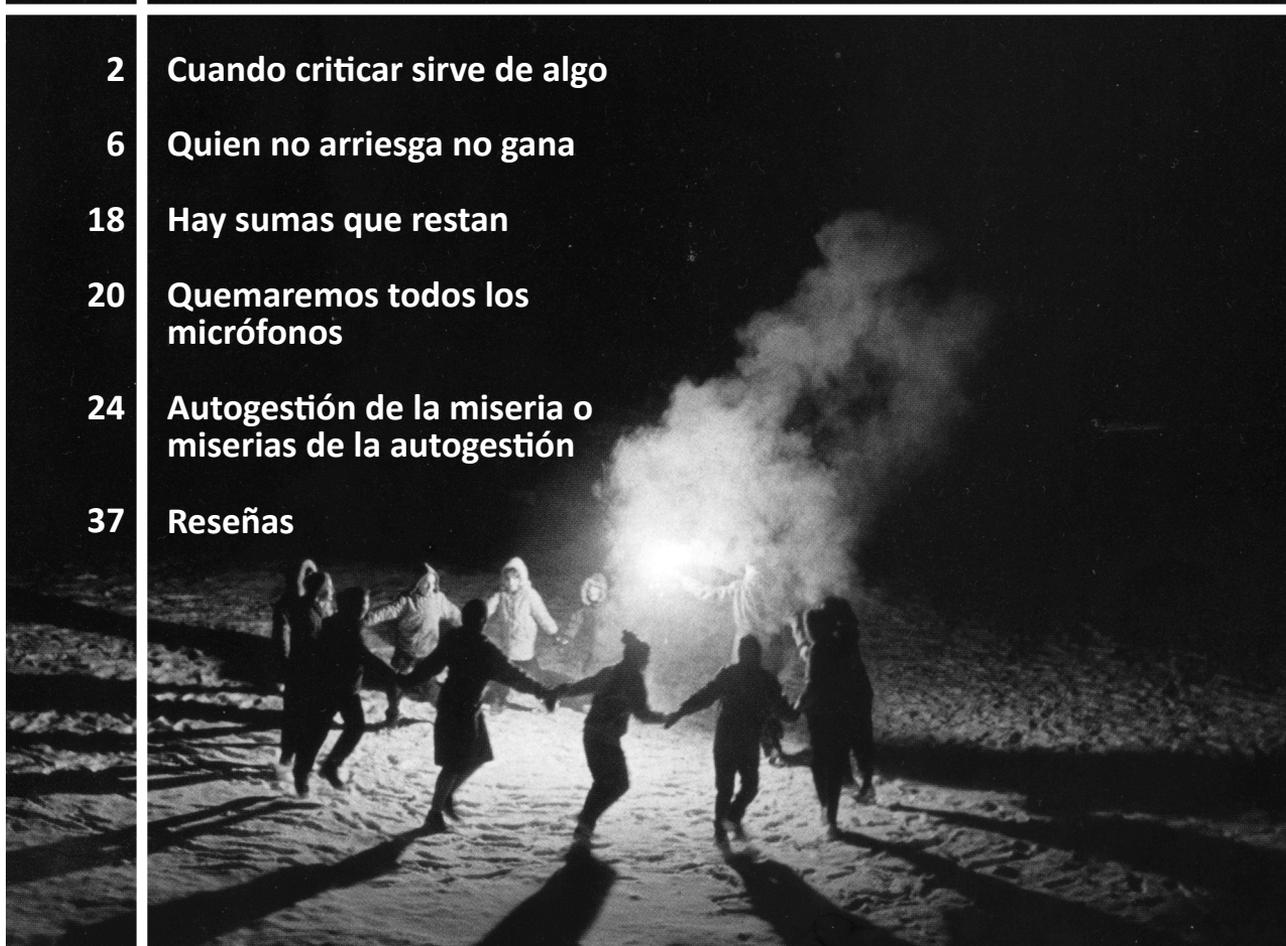


# ÍNDICE

- 2 Cuando criticar sirve de algo
- 6 Quien no arriesga no gana
- 18 Hay sumas que restan
- 20 Quemaremos todos los micrófonos
- 24 Autogestión de la miseria o miserias de la autogestión
- 37 Reseñas



La revista que tienes en tus manos representa solamente la parte escrita de un trabajo profundo de análisis y debate. El proyecto *Terra Cremada* se basa en la discusión y la elaboración de textos de forma colectiva alrededor de problemáticas concretas que padecemos tanto a la hora de enfrentarnos al capitalismo como a la de superarlo. Pensamos que escribir de esta manera, aunque resulte una ardua tarea, nos permite conjugar teoría y práctica a la vez que reflexionamos y dejamos constancia escrita para otras personas de las conclusiones a las cuales vamos llegando. Observamos que, generalmente, se acostumbra a escribir bastante desde la reflexión individual y muy poco desde la reflexión colectiva dejando, de esta manera, muy pocos documentos escritos que recojan de forma rigurosa el resultado de los debates que vivimos en nuestras asambleas; reabriendo continuamente debates que siempre quedan a medias y cayendo de forma reiterada en discusiones que podrían ser resueltas definiendo un léxico común, permitiéndonos así centrarnos en debates más profundos. Nosotras hemos querido hacer este esfuerzo conscientes que, como ya apuntamos en el primer número: *las respuestas difícilmente nos las ofrecen los libros, se encuentran en la calle y en el calor de la revuelta.*

Nuestros pensamientos vienen condicionados por el lenguaje que utilizamos para construirlos. No es de extrañar

que, en una sociedad donde a lo largo de la historia los asuntos públicos han sido reservados a los hombres, el plural genérico se escriba en masculino, pues es a ellos a quien se refiere. Esta revista está escrita enteramente en femenino, somos conscientes de que escribir de esta manera no elimina este hecho, pero sirve para evidenciarlo.

Que la publicación sea gratuita no quiere decir que no hayamos tenido gastos sino que no queremos que el dinero haga de mediador entre la revista y quien quiera acceder a ella. Preferimos que sea la seriedad y el compromiso y no el comercio de nuestras ideas lo que financie el proyecto. Si quieres colaborar económicamente ponte en contacto con nosotras.

Esta revista responde a la idiosincrasia de la metrópolis de Barcelona y es por ello que muchos de los ejemplos que nos sirven para debatir nuestras teorías se apoyan en este contexto. Aun así, pensamos que los ejemplos —y sobre todo las conclusiones que de éstos se derivan— pueden servir a realidades que, aunque físicamente se hallen lejanas, comparten con nosotras un mismo anhelo revolucionario. Con esta intención, la de fortalecernos a partir de las conclusiones, dudas, errores y certezas de otras compañeras es que editamos esta revista también en castellano.

# Cuando criticar sirve de algo

Hacer de la lucha un continuo romper con los demás no es algo radical, lo radical y lo subversivo es construir algo colectivo en un mundo que ha sido diseñado específicamente para el aislamiento, la soledad y el desencanto.

Prólogo de la *Crítica de la Internacional Situacionista*, Klinamen y Comunización

Puede resultar como mínimo curioso que una publicación que ejerce la crítica aborde la crítica como tema. Por eso, y antes que nada, conviene señalar a qué nos referimos exactamente con la crítica y ante todo a qué no nos referimos. Aunque en algunos momentos utilizaremos estos términos no creemos que la cuestión se tenga que plantear como una dicotomía entre crítica constructiva/destructiva, nos parece mucho más acertado considerar desde dónde y hacia quién se ejerce dicha crítica.

Criticar, así, en abstracto, puede querer decir muchas cosas como también puede no querer decir nada. Estamos muy acostumbradas, dentro la lógica de las premisas democráticas, a «participar» mediante la crítica de nuestras «libres opiniones», aunque éstas sólo tengan valor por sí mismo dentro del sistema si son eso que llamamos crítica «constructiva».

El discurso democrático ha insertado en el hecho de criticar el objetivo de reformar o mejorar eso que está siendo criticado. Puede parecer un detalle absurdo, pero desde el colegio hasta en la

calle, cuando alguien ejerce una crítica se insiste en la importancia de que ésta sea «constructiva», es decir, que busque tanto como pueda los aspectos positivos de eso que critica para poder «arreglarlo». Con esto no queremos decir que tengamos que cargarnos el espíritu positivo que tienen aquellas críticas que analizan los hechos para poder mejorar aquellas cosas que realmente nos importan, lo que queremos destacar es que podemos no transigir con aquellas situaciones o personas que están diametralmente opuestas a la consecución de nuestras necesidades y deseos.

Partiendo de estos presupuestos conceptuales, querríamos preguntarnos y debatir: cómo ejercemos la crítica en nuestros espacios de lucha y entre nosotras; sobre la necesidad de dicha crítica y sobre sus malos usos, desde los grupos de afinidad más pequeños a grupos más grandes. También trataremos el problema de la crítica una vez que hayamos decidido alejarnos del foco activo de la lucha. Y de la crítica que hacemos a las que creemos nuestras enemigas. Todo esto con el objetivo final de ser más eficaces y consecuentes con lo que pensamos.

Como partidarias de una transformación radical de la sociedad desde una perspectiva anticapitalista y antiautoritaria no nos interesa aquí tratar tanto el actual estado de cosas —hay bastantes publicaciones que lo hacen de manera más que solvente— como las dinámicas, inercias, escollos, contradicciones y, por qué no, también aciertos que encontramos a nuestro lado de la barricada. Es ésta una forma de hacer teoría que nace de la acción y que no puede sino abocar a la acción, a una acción mejor por tal de avanzar hacia nuestros objetivos y al mismo tiempo clarificarlos de manera adecuada.

No contemplamos la crítica academizante que, desligada de las luchas, las examina a fin y efecto de señalar los puntos débiles de la praxis revolucionaria sin otra finalidad que la demostración de vigor e ingenio intelectual. Tampoco la crítica ideológica encerrada en sí misma sin más interés que acabar afirmando una y otra vez sus mismas verdades, erigiéndose en vanguardia con respuestas para todo pero perfectamente ineficaz a la hora de enfrentarse a la realidad —trampa en la que no pocos anarquistas también caen.



Pretendemos subvertir esta realidad, y es hacia aquellas que también lo quieren a quienes dirigimos nuestras críticas para poder encontrarnos y hacer tanto camino juntas como sea posible.

Partimos de la base de que nadie lo tiene absolutamente claro. Si alguien lo tiene todo claro, por favor, que nos lo haga saber. Nos movemos en un contexto cambiante con una gran capacidad para readaptarse y engullir situaciones en principio adversas, cosa que nos obliga a plantear y replantear tácticas y estrategias continuamente. Sin la existencia del análisis, de la crítica, nos veríamos repitiendo fórmulas o discursos hasta la saciedad con independencia del contexto en el que nos movemos —lugar, gente, momento—, independientemente de los resultados que estén dando esas estrategias. Saber generar discursos y transmitir ideas, llevar a cabo acciones con una finalidad concreta, queda muy alejado de las concepciones ideologizadas que piensan que sólo hace falta seguir un programa estanco y preestablecido desde hace un centenar de años. Los usos de la crítica pretenden efectivamente observar qué dinámicas tenemos y qué resultados obtenemos para así poder enderezar nuestros pasos hacia nuestros objetivos. Sabiendo claro está, que la realidad no es predecible ni el comportamiento de las sociedades responde a mecanismos medibles científicamente.

Así como algunas se aferran a un programa ya escrito y usan la crítica únicamente para defenderlo y atacar otras posturas, otras a veces utilizamos la crítica para poder esconder las imperfecciones que, sabemos, tienen nuestras teorías. Intentamos hacer tambalear a la otra para intentar reforzar así nuestra fragilidad. Tener la convicción sin caer en el dogmatismo, tener la duda que nos empuje a la crisis, a la oportunidad, sin degenerar en la parálisis; sí, eso es lo que buscamos. Muchas veces no somos capaces de ver que si en nuestros espacios de reflexión nos limitamos a hablar desde nuestras individualidades —sintiéndome atacada si invalidan mis teorías— en lugar de vernos como partes integrantes de una praxis que vamos conformando conjuntamente, puede ser debido a que hemos dejado de tener ganas de poner todo en común, de comunicar, o a un exceso de ego que pensamos que no tendría que darse.

Vemos que es más habitual de lo deseable que al ser criticadas nos pongamos a la defensiva, ya que al ver peligrar nuestros fundamentos y frente al terror de vernos a nosotras mismas

cuestionadas acabamos defendiendo posturas que, a veces, no tenemos del todo claras. Es necesario apuntar que la pérdida del miedo a ser interpeladas sólo se puede dar en espacios que generen suficiente confianza y donde seamos capaces de sentir que estamos entre compañeras y que lo que prima es el interés de avanzar en un proceso revolucionario. Si no nos sentimos en un espacio de confianza donde sabemos que la otra persona será suficientemente sincera para hacerse y hacernos ver donde tambalean, también sus ideas, la empresa deja de tener sentido.

¿Cuántas veces nos ha sucedido que a pesar de ver, en el transcurso de una asamblea que nuestra postura está equivocada seguimos intentando descubrir dónde se equivoca la postura de la otra para invalidar la suya también? Seguimos escondiendo los puntos débiles o los lugares oscuros donde se sustentan nuestras posturas en lugar de ser transparentes, convirtiendo muchas asambleas en una lucha de egos contrapuestos. ¿Cuántas veces nos ha sucedido que después de una discusión con supuestas amigas volvemos a casa con la sensación de que hemos convencido firmemente a alguien de alguna cosa que no tenemos del todo clara y que, por lo tanto, la conversación no nos ha servido, a la hora de elaborar un ideario compartido, de prácticamente nada? Transmitiendo nuestras dudas en lugar de la convicción de dónde sí y dónde no nuestra postura hace aguas.

En este tipo de espacios, con la gente más cercana, esta actitud defensiva no tiene ningún sentido desde una posición de honestidad, que es la que requiere una lucha revolucionaria. De cara a



construir juntas unas formas de lucha potentes y efectivas, el ego lo tendríamos que dejar en casa, tanto al efectuar como al recibir críticas. La crítica sin intención de aportar alguna cosa a lo común sólo entorpece al resto de compañeras; necesitaremos saber darnos cuenta de cuándo esto está sucediendo, sin que esto signifique evidentemente ausencia de crítica, indulgencia y, en definitiva, inercia.

Otra cosa son los espacios más grandes donde confluye gente de procedencias e intenciones diversas, como por ejemplo los diferentes conflictos existentes fruto de los recortes sociales de los diferentes gobiernos o el llamado movimiento 15M. En estos casos coincidiremos con grupos que buscan llevar la lucha al terreno político o simplemente reorientarla en consonancia con sus intereses partidistas. En estos contextos hará falta, no pocas veces, marcar claramente una línea de ruptura entre nosotras y estos grupos, hacerles tambalear no para reforzar nuestra fragilidad sino para garantizar la autonomía de estas luchas y que sea posible seguir participando sin renunciar a nuestra sensibilidad y a nuestros principios.

En la preparación de una huelga general nos podemos encontrar participando en comités de huelga de barrio con militantes de CCOO o bien de EUiA<sup>1</sup>. Estos militantes si no han roto con el análisis y objetivos de sus respectivas organizaciones no estarán en estos espacios para encontrar afinidades ni tampoco para participar de un movimiento conjunto. Su implicación irá condicionada por la estrategia de sus cúpulas, no podremos saber a qué responden sus propuestas y opiniones, no podremos saber si están subordinadas a otras estrategias más allá de las del comité de huelga, no podremos saber si quieren que la huelga sea un éxito o bien que la posición de sus organizaciones sea ventajosa, después de la huelga, de cara a posibles negociaciones políticas

o sindicales. La autonomía de la asamblea sería en este caso dudosa.

La crítica adquiere otro sentido cuando somos capaces de advertir una enemiga, es decir, aquella que quiere mantener el *statu quo* o bien busca maneras de perfeccionarlo dificultando un cambio real. Aquella que no tiene ninguna intención de cambiar la estructura de la sociedad; que no quiere destruir sus roles, los papeles sociales que jugamos todas nosotras, manteniendo en la posición de dominadoras a unas y de dominadas a otras; manteniendo los valores y la moral capitalista y la desigual relación de fuerzas de las diferentes clases sociales de la sociedad. Cuando somos capaces de advertir estas enemigas en una asamblea o formando parte del mismo movimiento —cosa nada sencilla, porque la realidad es muy compleja, las personas cambiantes y hay ciertos discursos e ideas que necesitan leerse con inteligencia—, la crítica, decíamos, toma un nuevo sentido, ya que hemos identificado que la otra tiene unos intereses diametralmente opuestos a los nuestros. No criticamos a nuestras enemigas intentando convencerlas —nuestros intereses son antagónicos— sino que miraremos de neutralizar su potencia analizando sus puntos débiles para poder destruirlos, y dejarles en evidencia ante nuestras posibles cómplices.

En estos casos saber explicar a las otras personas que conforman el espacio heterogéneo por qué dos posturas pueden ser irreconciliables —y con esto desmitificar la idea de consenso social— deviene una necesidad, una necesidad de disolución entre las partes que no pueden ser conjugadas, una necesidad de distancia entre posturas que no harán más que dificultarse entre sí, una necesidad de ruptura entre aquellas que ya no pueden seguir juntas su camino y que nos permite marcar un límite claro con la otra y señalarla así como enemiga. En estas situaciones, nuestra acción debería ser inteligente, no debe dejarse llevar por

1. Esquerra Unida i Alternativa és un partido minoritario de la izquierda institucional salido de una escisión de Iniciativa per Catalunya.

impulsos, debe saber que las consecuencias implican una responsabilidad muy grande, y que, por lo tanto, no debe precipitarse en definir a alguien como adversaria. En un momento como el que vivimos actualmente, donde multitud de personas están politizándose, donde la gente busca los discursos que tejan las ideas que tienen, donde las banderas y las ideologías no convencen sin más, donde la gente está sedienta de crítica y donde, desgraciadamente, el discurso oficial y oficioso a través de la ideología ciudadanista, cívica y democrata se ha filtrado hasta el mismo corazón de las palabras de todas, es necesario saber leer muy bien qué hay detrás de las exigencias y proclamas que gritan nuestras compañeras en las plazas, en el curro, en los barrios, en las manifestaciones y en las asambleas. No consideramos enemigas a aquellas que piensan diferente de nosotras sino a aquellas que pueden o quieren ejercer el poder sobre nosotras.

Pero volvamos a nuestros entornos más cercanos. Cuando nos distanciamos de la lucha a menudo es porque hemos dejado de creer que sea posible un cambio radical en el orden actual. Sabemos que todas, en un momento u otro, pasamos por estos momentos, la cuestión es qué hacemos de ello: si lo vivimos como una situación personal, o como una situación colectiva. No es fácil mantenerse al pie del cañón en todo momento, y eso es una cosa que nos tendríamos que plantear seriamente. Las «quemadas» personales, la dificultad de crearnos perspectivas de futuro, de confiar en algo que aún desconocemos; demasiadas veces al vivir estos bajones de confianza desde la soledad acabamos reconduciendo nuestros impulsos hacia la justificación, en oposición a las otras, de nuestras miserias. Esto muchas veces se traduce en una huida hacia delante que censura todo lo que se ha hecho hasta el momento, y que, desde la impotencia y el desencanto, intenta arrastrar a las compañeras hacia la propia frustración. Este tipo de negación se manifiesta muchas veces en una espiral en la que una buscando legitimarse acaba entorpeciendo las iniciativas y propuestas de las otras. También es bastante común la opción de abandonar de golpe la lucha cuando encontramos pareja «estable» o tenemos alguna hija. ¿Somos un movimiento condenado a la imposibilidad de devenir intergeneracional? ¿Hay momentos vitales para la lucha y otros para «sentar cabeza»? ¿Cuándo se es suficientemente adulta para perder la esperanza? Hay que buscar formas de lucha a

medio y largo plazo que puedan integrar todos los aspectos y etapas de nuestra vida.

Necesitamos crear espacios o momentos para gestionar de manera conjunta la erosión que este mundo provoca en nuestros ánimos de contestación, de tal manera que aquellas de nosotras que necesitemos «coger aire» no tengamos que apartarnos demasiado de la lucha o tengamos que enrocarnos en autojustificaciones respecto nuestra toma de posición. Tendríamos que afrontar con sinceridad y valentía el hecho de que estar en el «centro del huracán» de la lucha y salir de éste no son dos situaciones separadas y excluyentes sino que son partes integrantes —y la mayoría de veces indiscernibles— de la misma lucha.

¿Cómo hacer para que estas situaciones no se vuelvan irreversibles y caigan en la autoreferencialidad y la autojustificación? ¿Cómo hacer para que la energía de la que disponemos vaya orientada a darnos fuerza y no a quitárnosla? ¿Cómo damos cuenta de que nuestra crítica está entorpeciendo las dinámicas de las otras sin aportarnos nada? ¿Cómo no caer en la esquizofrenia de querer convencer a otra que tiene intereses divergentes a los nuestros? ¿Cómo discernir entre qué criticar, qué denunciar y qué destruir? Parece que de lo que se trata es de saber si nuestra crítica va en la dirección de hacer que una transformación de la realidad sea efectiva o si, por lo contrario, va en la dirección de justificar la sensación de que no hay nada que hacer de forma conjunta. Si nos posicionamos con la primera premisa se entiende que, como hemos recogido a lo largo del artículo, necesitamos ser tan críticas con las otras como con nosotras mismas y generar esta crítica buscando el bien común, esforzándonos para generar espacios de sinceridad donde se puedan desarrollar las opiniones entre iguales sin miedo a ser juzgadas, pero al mismo tiempo con la predisposición de entendernos cuando se hagan críticas sobre nuestras ideas. Y si nos encontramos, en la otra cara de la moneda, creyendo que no hay salida a la acción colectiva, demos la oportunidad a aquellas que aún encuentran energías para seguir al «pie del cañón» para que busquen estrategias, de la misma manera que ellas tendrán que darnos el espacio para que nosotras tomemos cierta distancia. La convicción y la duda, como los momentos vitales y las situaciones personales, son inherentes a cualquier empresa revolucionaria y tendríamos que hacer el esfuerzo de integrarlas en ésta.

# Quien no arriesga, ~~NO~~ NO GANA

La oligarquía del Capital se ha dado por vencida en intentar siquiera parecer democrática: ante este panorama que nos ha brindado con sus descarados desmanes y pasión por el dinero, o bien por la exigente necesidad de reformulación del capitalismo, a una se le hace la boca agua además de la cabeza un lío. Años hablando —o excusándonos— de la falta de contexto propicio para protestar útilmente en las calles y va ahora y nos encontramos con cinco millones de paradas, cien políticas encausadas presentándose a las elecciones, una generación nacida en la opulencia endeudada, la banca cobrando y cobrando, la gasolina por los aires, desastres nucleares, y lo que es peor, la puñetera intuición de que todas estas razones no son las nuestras, aunque sí sean el acicate de la protesta de todas aquellas que luchan contra lo que llaman crisis. Así las cosas, muchas nos volvemos a ilusionar a ver si es esta vez cuando se siembra sólidamente la semilla que derroque este imperio —o reconocer que ya se sembró bien y se están percibiendo ciertos frutos. Con todo esto, han ido apareciendo luchas con más asiduidad, en ciertas ocasiones viéndolas desfilar por delante nuestro sin que les hayamos prestado mayor atención, y en otras, las menos, nos hemos visto envueltas en ellas. Es en esta participación así como en la del arrollador y mediático mo-

vimiento 15M cuando surgen muchas de las dudas que te regalan las calles.

¿Cómo afrontar una lucha en la que participa desde gente de diferentes culturas políticas a gente sin unas ideas que «podamos encasillar» a primera vista? ¿Cómo descubrir afinidades donde hay lenguajes, símbolos y códigos distintos? ¿Cómo hacer para entendernos? ¿Cómo evitar ser una vanguardia dirigente? ¿Cómo mantenerse siempre alerta ante los tejemanejes de la clase política y sus aprendices?

Algunas experiencias nos han demostrado cómo cambia nuestra implicación ante una lucha —el cariz, las herramientas, e incluso las aspiraciones— en función de las personas que allí nos encontremos. La simpatía que éstas despiertan en nosotras nos infiere la fuerza para tener mayor o menor paciencia y voluntad; de la misma manera que si se trata de una lucha de masas o bien de afinidades, y si el grupo que se organiza es heterogéneo o bien tiene un denominador común —el ser afiliadas a un sindicato o ser vecinas del barrio que se conocen de toda la vida—, también determinará la manera de acercarnos. El tipo de enfrentamiento, su vinculación con algo concreto y práctico —la fábrica, el barrio, un despido o una reordenación urbanística— es muy distinto a la lucha fruto de un malestar general como la lucha contra la globalización.



A

Analizar cuál es nuestro comportamiento y formas a la hora de participar en conflictos con gente que no se circunscribe a nuestro entorno político habitual no es fácil. E intentar dilucidar qué limitaciones y carencias tenemos, qué horizontes y potencialidades se pueden generar así como coincidir en las conclusiones es, a menudo, subjetivo e inconcreto. Sin embargo nos parece realmente necesario sumergirnos en este análisis.

### Nosotras contra el mundo

¿Cómo compaginar el reformismo de ciertas luchas y reivindicaciones con la voluntad de acabar con el sistema? ¿Cómo tener presencia en los espacios políticos dominados por el reformismo con un discurso coherente y combativo? ¿Cómo evitar caer en una fraseología y discurso violento y guerrero, que más tiene de espectacular y estético que de real, sin perder nuestro horizonte de lucha? «Una posible presentación...» en *Terra Cremada* n.º 1 marzo 2010

Alejándonos de las chorradas que se dicen en los manifiestos y puntos reivindicativos, y sometiendo a una crítica continua los presupuestos ciudadanistas centrarnos en temas concretos y limitados. Así se podría tratar de parar desahucios y desalojos partiendo desde una perspectiva de lucha contra la mercancía y por la imposición de nuestras necesidades sobre su negocio. En la misma línea tratar de impedir los cortes de agua, luz o gas desde la lucha contra la mercantilización de los recursos básicos. Fomentar el sabotaje masivo de máquinas expendedoras de billetes para

defender la libre movilidad. Otra línea podría ser defenderse de la explotación contra las reformas laborales, de pensiones desde una posición de rechazo del trabajo asalariado que es la única coherente. Una más podría ser la lucha contra los planes urbanísticos desde una crítica del desarrollismo y el urbanismo como negocio y disciplina de control territorial de la población.  
«El 15 M como catarsis demócrata»

Nuestra sociedad es un océano de contradicciones..., conflictos de intereses que se manifiestan con mayor o menor intensidad. Y en función del análisis que se tenga de ésta se observarán distintas maneras de encarar y resolver estas tensiones. Nuestra perspectiva es la anticapitalista y antiautoritaria, heredera de las corrientes revolucionarias más radicales que se han manifestado en la historia de la lucha contra la dominación. Apostamos por un cambio profundo en las relaciones sociales, por una revolución absoluta de la estructura de la sociedad. Será por ello que somos una marginada aunque plural minoría.

Crear momentos de excepción, subvertir el estado actual de las cosas, conseguir que esas tensiones y contradicciones deriven en brechas insalvables tiene como condición *sine qua non* la sociabilidad, lo común, lo general, llegando incluso a rozar «lo masivo». Y desde unas décadas para acá, exceptuando ciertas prácticas como la insumisión o la ocupación, esta minoría no ha sido capaz de generar —por varias



razones— algún destello revolucionario susceptible de convertirse en social. Así las cosas, aceptando sin fisuras esa condición —tras años de pequeñas luchas que no sobrepasaban el gueto, que no encontraban cómplices—, observamos que el malestar parece haberse organizado y empieza a tener algo de solidez. Puede que en parte se deba al esfuerzo y la constancia de muchas compañeras que ya habían generado discursos y luchas heterogéneas, con reivindicaciones parciales, pero lo que sí es seguro es que muchas de nosotras al final tenemos la sensación de ir a remolque de las oportunidades que otros discursos crean y que debemos colaborar, sin perder nuestros nortes, con las que ya están manos a la obra. Y aquí llega, inevitablemente, la cuestión de cómo unas pretensiones tan altas, revolucionar la sociedad, pueden involucrarse en procesos que demandan mejoras o reivindicaciones parciales. Siempre habrá terreno firme por el que caminar junto a las arenas movedizas del reformismo.

Porque para que las relaciones capitalistas se vean saboteadas quizás hay que pasar en este momento por oponerse tímidamente a los nuevos recortes sociales; para que las que siempre obedecemos empecemos a decidir tendremos que desesperarnos muchas tardes en asambleas de barrio aparentemente infructuosas; para que aquellas que padecemos la economía ataquemos la imposición del Capital hará falta que nos peleemos con las sindicalistas en la preparación de una huelga; el inicio de la revuelta no es inmaculado. Para que un coloso esté en llamas no valen fórmulas mágicas, cerradas o sencillas. Cuando una sociedad está en crisis, miles son sus posibilidades. Y la actitud humilde, sincera, paciente, esforzada, esmerada, y firme será la que pueda desbordar el cauce del ciudadanía sin que las nuevas compañeras se sientan sobrepasadas, aleccionadas o radicalizadas por la fuerza. Nadie dijo que esto iba a ser fácil..., no sólo bailando se hacen las revoluciones. Pero las dificultades que nos encontremos por el camino serán las mejores profesoras para la creación de sujetos revolucionarias.

## Más allá de nuestros límites, nuestra potencia

Hace visible también la alienación en la que vivimos y nuestra inexperiencia en intervenciones fuera de los límites de nuestro propio gueto. Visibiliza al mismo tiempo nuestra falta de preparación para participar en un contexto en el que la recuperación no viene tanto de la mano de organizaciones izquierdistas tradicionales sino de un ciudadanía abanderado por los movimientos sociales con los cuales todavía no hemos marcado las diferencias necesarias. La autocomplacencia con la que nos cocemos en nuestro propio ambiente se ha hecho evidente al ver cómo se ha reaccionado ante este acontecimiento sea como mano de obra, como espectador crítico o con confusión y descoloque.

«El 15 M como catarsis demócrata»

Ante lo que nace y se conforma en base a múltiples códigos y sensibilidades siempre tenemos unas limitaciones y carencias.

Muchas de nosotras no estamos acostumbradas a participar en luchas con planteamientos políticos tan distintos a los nuestros. En general procedemos de colectivos y grupos con afinidad ideológica, siendo similar el discurso que manejamos, teniendo la misma cultura política y, por tanto, peleándonos en debates sobre cuestiones concretas. Y, ahora, cuando el marco general no es compartido, nos atragantamos enseguida.

Una tendencia que reproducimos en el trabajo con las otras es la que peca de rebajar el discurso, ya sea por estrategia o por inconsciencia, ambas tremendamente contraproducentes. El primer caso es un tic trotskista que falta a la sinceridad. El segundo piensa —en un arrebatado docente— que llega mejor a las demás mermando su radicalidad por miedo a no ser aceptada o comprendida, infantilizando así a las que debieran ser sus compañeras. Que nuestro discurso sea claramente rupturista con lo establecido no conlleva que no se pueda transmitir de múltiples maneras; algo, hasta ahora, casi imposible por nuestra poca capacidad comunicativa generada por años de debates cerrados y autocomplacientes. Comunicar nuestros deseos con transparencia

e inteligencia, rompiéndonos la cabeza, despojándonos de nuestra jerga, no es rebajar el discurso, es llegar a las complicidades reales que estaban escondidas entre el follaje de los conceptos y sus interpretaciones. Y es en muchos casos abrir la posibilidad de reforzar aquellos pilares que merecen ser reforzados y hacer caer aquellos que se sustentaban por un simple acto de fe.

Los conceptos políticos han sido manoseados hasta la saciedad; con esto, proponemos recurrir a las definiciones para poder encontrar un lenguaje común. Porque si seguimos encerradas en los límites de determinadas palabras nos arriesgamos a no saber explicarnos, mientras que si somos capaces de hacer comprender lo que estos conceptos significan, el aislamiento comunicativo que nos imponemos será menor. Sabiendo, claro está, que en los espacios plurales habrá muchas personas con las que no comulgamos y con las que jamás queramos compartir ese lenguaje común.

Otro de nuestros límites se da por nuestra costumbre por lo inmediato, el capricho y la inconstancia —características primordiales del hedonismo posmoderno—. De hecho es bastante paradójico puesto que siendo las únicas que tenemos consignas grandilocuentes —«Abajo el Estado», «Fuego a la ciudad», «Abajo los muros», «Abajo el trabajo»—, somos las que más rápido nos

cansamos en el arduo y lento proceso de la lucha.

Un asedio como el que nos hemos propuesto necesita del reposo, de la distancia durante un tiempo si es necesaria, de la prudencia en los objetivos; conocernos a nosotras mismas para alejarnos de las probables frustraciones que puedan derrumbarnos para siempre.

Debemos empezar a trabajar en el medio y largo plazo: todo momento revolucionario ha sido forjado en decenas y decenas de años y ningún reino cae de la noche a la mañana. Los hábitos mansos y serviles propios de las clases desposeídas forman un cuerpo consolidado mediante la cultura, la tradición, las costumbres y la introyección de la dominación que no puede desmontarse con la ocupación de una plaza, una huelga combativa ni incluso con un episodio insurreccional. Ante esto, conseguir que la crítica íntegra a esta civilización vaya calando es paulatino, que la fuerza de combate vaya tomando una forma revolucionaria es un horizonte al que se llega tras muchas hostias.

Si bien es cierto que resulta más fácil pensar en un absoluto ideal, definir su plasmación práctica es indispensable para poder conseguirlo algún día. La inercia de los actos, sin responder a un objetivo claro, nos hace pegar más tumbos que acertar en la diana. Por eso apoyamos las iniciativas que delimitan objetivos a medio y largo plazo,

## ¿Trotskismo?

Cuando utilizamos el concepto «trotskismo» lo hacemos en su acepción más coloquial, es decir, aquella que en nuestros entornos políticos se refiere a la práctica de participar en espacios heterogéneos escondiendo o, incluso, mintiendo sobre las propias ideas y objetivos. Este sentido del término que acostumbramos a utilizar es una derivación de la táctica política del entrismo.

Ésta proviene de la práctica de ciertos partidos de la IV Internacional y que consistía en participar, por cortos periodos, en los partidos de masas considerados reformistas. A diferencia de lo que solemos pensar, esta manera de hacer no ocultaba la tendencia política de quien la realizaba, por un lado, porque así se podían difundir mejor sus posturas, por el otro, porque aquellas per-

sonas desencantadas con el reformismo de su partido tenían un polo al que agregarse. Por contra, el entrismo *sui generis*, que sí propugnaba la entrada masiva y no transparente en otros partidos, fue una práctica minoritaria dentro del entorno trotskista. Hoy día vemos que estas dos versiones del entrismo acostumbran a mezclarse y que sus practicantes no se limitan al entorno estrictamente trotskista.

definiendo los pasos que debemos seguir, con el fin de llegar a un objetivo mayor.

Pensemos qué hacer para llegar donde queremos. A pesar de equivocarnos y, a menudo, caer en contradicciones, cabe intentarlo porque si no siempre nos quedaremos con frases altisonantes que no comprende la mayoría de la gente, que nos desilusionan porque no somos capaces de materializarlas y que, finalmente, nos permiten vivir en la comodidad de nuestro hedonismo antisistema. Un ejemplo de esto sería la práctica de la horizontalidad. Para llevarla a cabo hemos tenido que entender cuáles son las relaciones de poder en nuestra sociedad, cómo se manifiestan y, finalmente, pensar en fórmulas que nos permitan no caer en ello; bien, la misma técnica de conocimiento, reflexión y soluciones prácticas debemos aplicarla a otros asuntos. En primer lugar saber de qué hablamos para poder ver la viabilidad de nuestras propuestas y después encontrar la solución más factible para nuestro objetivo final. Sin olvidar que, como pasa con la horizontalidad, no siempre conseguimos todos los objetivos marcados y los errores que cometemos por el camino deben ir limándose.

Un problema mayor, si cabe, es nuestra tendencia inevitable a sembrar más dudas que certezas en los debates con las otras. Si vamos a la raíz de los problemas, siendo sinceras, al discutir llegamos al callejón sin salida del «¿Y tú qué propones?» o «Eso es muy bonito pero imposible». Al calor de las charlas, cuando se va avanzando sobre qué sería para cada una de nosotras la transformación

real de la sociedad, nos encontramos con la carencia de proponer un programa concreto, fiable y creíble. El promulgar «Que arribe la anarquía y vivamos en el comunismo» o «El apoyo mutuo y la solidaridad hace al humano vivir en paz» es poco aglutinador, además de que no ofrece nada de seguridad ni solidez, valores muy en boga hoy en día aunque estemos dentro de los malabares de la conocida «mano invisible» del mercado.

Entrar aquí en si autogestionaríamos en un principio las estructuras sociales y sus servicios o si le meteríamos fuego a todo siempre, o en si las ciudades tendrían sentido en una sociedad no industrial o qué tipo de comunidades crearíamos, no lo vemos oportuno en este texto —daría para otro.

Sin embargo, aunque por un lado defendemos que no nos consideramos nadie para prometer soluciones, para satisfacer las inseguridades del mañana tras un cambio radical, por otro sí consideramos necesario asegurar un cierto nivel de compromiso y conciencia llegado ese momento: conocimiento y arraigo con la tierra, reapropiación de los saberes populares, relaciones de apoyo y no de competencia, etc. No tener programa preescrito no es no creer en la necesaria organización y funcionamiento que nazca en un momento y lugar determinado, sino afirmar que, desde esos mínimos desde los que será necesario partir, ese desarrollo no puede ser unívoco, homogéneo y totalizador para todas.

Un ejemplo de la dificultad que supone poner en práctica algunas de nuestras consignas se da cuando proponemos «Autoorganízate y

### **Encontrando afinidad tras los conceptos**

Cuando nos encontramos en las plazas los primeros días del movimiento 15M, el término «democracia» estaba hasta en la sopa, provocándonos una crispación permanente. Ante esto, algunas se largaron sentenciando que ese no

era su espacio y otras asumieron el uso del término sin tapujos por motivos de eficiencia, estrategia, fluidez, o incluso, por pereza. Sin embargo, algunas compañeras, al trabajar semanas en las comisiones y en los barrios, se percataron de que la palabra democracia era, en algunos casos, lo que para nosotros es

autoorganización. Entonces, sin dejar de recordar que nosotros sí estamos en contra de la democracia —como sistema y palabra— de momento podemos seguir organizándonos hasta que se quiera abordar su discusión cuando el movimiento esté maduro para elaborar cierto lenguaje común.



lucha»: sin un tejido social fuerte y vivo, esta consigna está vacía, vendemos humo. La única opción que tiene una persona —que no es activa políticamente y no cuenta con el respaldo de sus compañeras de trabajo— para plantarle cara a un conflicto laboral es ir a un sindicato.

Una mala interpretación de la crítica a las organizaciones nos ha llevado a creer que cualquier tipo de estructura, de coordinación formal, es el demonio. Una red de apoyo mutuo y solidaridad, laboral o no, sin liderazgos ni burocracias, sin protagonismos ni institucionalización, sería lo adecuado para estos casos. Necesitamos de lugares, de referentes donde prestar y recibir el apoyo mutuo, donde autoorganizarnos y luchar.

Por tanto, no podemos apelar a una autoorganización abstracta si nuestras interlocutoras no saben cómo llevarla a la práctica. Si no existe un referente autoorganizado en el que verse reflejado o participar de él, esta gente que está haciendo explícito que no sabe ni qué ni cómo hacerlo se verá abocada a una frustrante parálisis. Dar por hecho que

la autoorganización siempre surge de forma espontánea es no entender los mecanismos que generan la conciencia y la lucha que de ella puede emanar. La responsabilidad y el esfuerzo imprescindibles para nuestra labor no pueden darse por presentes en una sociedad que nos empuja a su contrario.

Otra de las barreras de muchas de nosotras, tanto ridícula como pintoresca, es nuestra actitud estética, gestual y postural de peligrosas, de enfadadas. No adivinamos si deviene del punk, de sabernos posiblemente violentas o del estar más allá de todo, pero, sinceramente, no ayuda en absoluto para una comunicación horizontal con quien sea. Estar contra esta sociedad no se viste, no se porta, no se demuestra con malas caras... con cosméticos. Se dice y se hace.

A todo esto se suma, por último, el hecho de que si las oposiciones o reivindicaciones de las demás no van salpimentadas con ciertas dosis de violencia —percibida siempre como elemento antagónico seductor— nos volvemos menos receptivas y comprensivas. Damos por hecho que la catástrofe se acabará con altos

niveles de violencia popular, que las poderosas no regalarán nada, pero también es verdad que si la población aún se arma de pacifismo, no debemos rechazar sus luchas sólo por ello.

De la misma manera, tampoco debemos rechazar, o más bien dejar a un lado, los proyectos que ya estábamos llevando a cabo. A menudo las luchas o movimientos nuevos nos resultan atractivos, por una parte porque, al no ver muchos resultados en nuestros proyectos habituales, apostamos por confiar en otras ideas, y por otra porque si le añadimos factores novedosos —como la participación de personas que hasta el momento no se habían implicado— aún nos entusiasman más. El resultado suele ser una dedicación máxima para con los nuevos proyectos. Este hecho es lógico y poco recriminable, ahora bien, cuando la contrapartida es abandonar otros proyectos que estábamos gestando puede ser un error. Por una parte porque el trabajo iniciado dentro de un círculo político menos heterogéneo (pongamos por caso enmarcados en objetivos anticapitalistas y antiautoritarios) también se valora como necesario, y por la otra porque las luchas heterogéneas pueden acabar siendo humo y en consecuencia dejarnos frustradas, y no sólo por la fallida de éstas, sino también por haber dejado en un eterno *stand by* el trabajo anterior. No podemos multiplicar nuestro tiempo, pero en la medida de lo posible cabe compatibilizar todos los frentes que valoramos necesarios para los objetivos marcados, individual y colectivamente. Un equilibrio que además nos ayuda a nutrir y conectar todas las luchas en las que participamos.

Es por esta vía, la de la autocrítica, la de revisarse los postulados aprendidos, por la que debemos caminar si queremos que todos los malestares se tinten de rebelión. Conociendo nuestros límites seremos menos esclavas.

### **La asamblea no es la panacea**

En las luchas heterogéneas en las que participamos se utiliza la asamblea como forma de organización. En este estado embrionario de contestación debemos valorar tremendamente positivo la simple elección de encararlo de esta

manera ya que es una apuesta por la horizontalidad y el respeto entre iguales —con todos los matices que todas sabemos—. De hecho, no se trabaja con las formas verticales de organización a pesar de que sean más operativas, rápidas y eficaces en la toma de decisiones; será que recuerdan demasiado al *statu quo* contra el que se batalla.

Ahora bien, viendo el caso del 15M —y del movimiento antiglobalización o de universitarias— constatamos que con cientos o miles de personas, la asamblea soberana es una herramienta con bastantes límites.

En un movimiento donde operan miles de malestares diferentes, aunque estén todos provocados por un mismo denominador común, el sistema capitalista, intentar funcionar bajo una sola asamblea soberana es homogeneizador y centralista. Ante las circunstancias en las que peleamos, no podemos pretender tener una acción o programa político único, ya que no se trata de una ideología o partido al que la gente se adhiere, sino, como hemos dicho, de una explosión de descontento colectivo.

El asamblearismo ortodoxo se crispa cada vez que alguna palabra, acción o decisión se sale del consenso. Todo aquello que vaya más allá de lo unánime es tachado de ajeno, extraño y peligroso para la integridad del movimiento, sin valorar la legitimidad del hecho. Pero ¿puede existir un verdadero consenso entre decenas de miles de personas? ¿No es más sensato aceptar que un movimiento se nutre de las diferentes visiones, de un pulso con vida, de las pasiones de cada una?

Si realmente nos creemos los principios de autonomía, horizontalidad y acción directa, un movimiento heterogéneo —a pesar de asentarse sobre unas bases comunes como podrían ser el rechazo a la política formal, el racismo, la explotación, etc.— debería comprender las diferencias que lo alimentan. En este sentido la asamblea de tal barrio debería tolerar la acción de la asamblea de tal pueblo y, ésta a su vez, aceptar que otro grupo de personas pueda escribir algún comunicado con el que no se sienta afin. En este contexto, pensamos que cada asamblea podría trabajar como crea conveniente y que las demás nos

podríamos sumar a su iniciativa o no. Si esas pequeñas diferencias evidenciaran, poco a poco, una divergencia insalvable la disgregación del movimiento no debería ser ningún fracaso sino la asunción valiente de su destino. Ante todo pensamos que nadie tendría que actuar como agente de la depuración en pos de un cuerpo homogéneo. En este punto, no sobra decir que este pulso con vida se enmarca en unos códigos y maneras de hacer tácticas y supuestas, pero tan cambiantes como las asuma el propio movimiento. Obviamente que entendemos la necesidad de encuentro entre las partes así como comprendemos la necesidad de dar respuestas colectivas a las agresiones que sufrimos por parte del Estado y el Capital, rompiendo las barreras geográficas, laborales o políticas, pero a pesar de que para muchas pueda ser tentadora la idea de una asamblea unitaria o central, donde se puedan tomar decisiones rápidas en momentos decisivos y que supongan el pensar del movimiento, eso sólo haría que alimentar un monstruo que engulle las particularidades que le forman. Apostamos y apoyamos a aquellas que optan por la coordinación entre las diferentes asambleas y grupos, pero nunca con capacidad autoatorgada de decidir en nombre de todas.

Cuando se trate de hechos excepcionales, aquellas que más se preocupen por los medios de comunicación que hablen en nombre de ellas mismas y su asamblea pero nunca como portavoces de un movimiento que no puede plegarse a la inmediatez de los medios. Una respuesta será unitaria cuando realmente sea unitaria. Es la clase política así como las periodistas las que necesitan una interlocutora clara, definida, pero, sin querernos repetir, un pulso con vida nunca podrá tener una sola voz y, ni mucho menos, bajo el frenesí de la actualidad.

Por otra parte, con un foro de cientos de personas, la participación queda visiblemente mermada, la crítica limitada y el debate ausente. Esto lleva al uso del voto y de las mayorías, que suelen adherirse a las opiniones de las voces más carismáticas, con más empuje o experiencia. Son en estas asambleas donde las personalidades corren el riesgo de convertirse en líderes.

Funcionando en asambleas más accesibles, más manejables, donde aún tiene peso el cara a cara, la confianza y la proximidad, todas las opiniones tienen cabida porque se puede discutir realmente y encontrar la manera de que todas nos sintamos cómodas y participes.

## La vanguardia indignada

Aunque ningún grupo se haya erigido como páter ante una masa perdida y confusa y no haya intentado coger las riendas explícitamente de un malestar desbocado recordándonos al concepto de «partido» u «organización», sí hemos podido reconocer durante el proceso de la indignación ciertas actitudes y formas de hacer que nos conducen inevitablemente a una forma dirigista más sutil, inconsciente, liviana pero también, furtiva y subrepticia.

El miedo al impulso de la gente, tanto a sus decisiones como a su temida desorganización, como la voluntad de dotar de estructura y permanencia a algo impreciso y espontáneo hicieron surgir en diferentes facciones políticas la necesidad estratégica de abordar lo que luego se llamaría movimiento 15M. Entendemos perfectamente que la gente tenga la necesidad de saber lo que pasará. Pero no puede ser que eso nos lleve a abortar todo tipo de actuaciones que no estén presentes en nuestros planes o se salgan de ellos. No puede ser un argumento para oponerse a algo el simple hecho de que no hayas sido tú quien lo haya planeado, no lo hagas tú o no entiendas por qué se hace.

En un lugar muy destacado de esta vanguardia se encuentran grupos y personas que tienen en su haber político el infame principio de controlar, manipular y dirigir los movimientos desordenados. Las vimos aquellos días en las asambleas de la plaza y desgraciadamente las seguiremos viendo en las calles. Pero hablaremos de esto en el apartado de «Nuestras enemigas».

Mientras, en un segundo término, el entorno antiautoritario no podía dejar pasar la ocasión de aportar a los malestares los argumentos que nos han llevado a enfrentarnos

al Estado y al Capital desde hace cientos de años. En este contexto surge la necesidad, demasiado intempestiva en ocasiones, de participar. En un principio para copar los discursos de las comisiones y así evitar que cayeran en posiciones reformistas, y con los días por el simple hecho de hacernos oír y mantener vivo nuestro discurso. Al fin y al cabo todo respondía a la necesidad de canalizar y, a la vez, desbordar la situación, sin ni siquiera habernos planteado a priori si queríamos y cómo queríamos participar de aquello que surgía. Este estado de ánimo inicial, comprensible ante una situación jamás vivida, se fue disipando en el momento en el que la gente se puso a participar en las comisiones, subcomisiones, asambleas de barrio o sencillamente como difusora y propagadora de ideas. Por una parte, porque se hizo evidente el esfuerzo que suponía la apuesta por esta nueva perspectiva de lucha heterogénea y por la otra, como consecuencia, hemos te-

nido que buscar nuestro sitio en ella. Tal vez fue entonces que algunas nos dimos cuenta de que lo más importante para que un malestar devenga una potencia revolucionaria no es esperar a que sean tan sólo nuestros discursos los que calen; son nuestras dinámicas y cuidados más cotidianos los que pueden marcar la diferencia entre un mundo ideal que venderle al resto de la gente y el mundo por el cual, desde ahora mismo, estamos luchando, con sus contradicciones, alegrías, desesperaciones, etc. Compartiendo gestos, maneras de hacer, que aunque tan sólo se vislumbren de forma embrionaria pueden marcar el germen de algo que pueda llamarse vida.

Por otro lado están los colectivos y las personas que tuvieron mucho que ver en el nacimiento del movimiento: desde las que dotaron de logística todo aquel desorden a las que dinamizaban continuamente las mega asambleas, desde las que se pasaron horas convocando en las redes sociales a las que



siempre permanecían en la plaza. Todos estos esfuerzos y horas laboriosas unidas a la ventaja de mayor tiempo libre conllevan que haya una serie de caras muy visibles que puede llegar a confundirse con una especie de vanguardismo.

Estas caras visibles que le dedican todo su tiempo a las buenas nuevas acaban creando un círculo que maneja más información que las demás, círculo invisible para el resto pero muy tangible en el curso de los acontecimientos. Sólo así se puede entender la respuesta —rueda de prensa y comunicado de disociación— a los hechos del Parlament, solo así se pueden entender las llamadas a última hora informando de que se va a hacer tal o cual asamblea y es conveniente asistir.

También es importante recordar lo peligroso que puede llegar a ser adquirir ciertos roles y aferrarse a ellos por miedo a que las otras no lo sepan hacer; como lo es aclarar que esta sociedad está hecha a medida de los dispositivos de reconocimiento social: de élites y apariencias. La gente se termina fiando y le otorga notoriedad a quien coge el micrófono cada día, a quien siempre expone sus ideas claras sin tapujos, a quien está detrás de un ordenador gestionando no se sabe qué... En fin, a quien siempre le salva la papeleta a las demás. No pretendemos decir que sea fácil escapar a esto; ni mucho menos que nosotras lo consigamos. Lo que sí apuntamos es el peligro de pensar que simplemente por considerarnos antiautoritarias nos libramos de esto que criticamos. Debemos reconocer el riesgo de bajar la guardia y no ser capaces de ver los privilegios que muchas ostentamos al haber decidido, en buena medida, comprometernos en una lucha contra la dominación a tiempo completo que difiere del compromiso actual asumido —por imposibilidad o voluntad expresa— por el resto de la gente. No podemos mirar hacia otro lado y no asumir que muchas de nosotras tenemos privilegios a la hora de hablar en público, ordenar y exponer nuestras ideas así como un bagaje que nos facilita lidiar con aquellas que defiendan posturas opuestas a las nuestras, desmontar sus argumentos o ocultar los lugares oscuros de nuestras posturas.

A pesar de lo difícil que puede resultar vernos reflejadas en estas críticas antes mentadas en un momento de vorágine o de mucha dedicación a una lucha, siempre deben existir momentos de reflexión donde entre compañeras podamos analizar y, si se da el caso, corregirnos. Acabar con el dirigismo en última instancia puede ser tan sencillo como hacer circular de forma transparente a todas las demás la información que tengamos; negarnos a asumir un rol día tras día; socializar y enseñar conocimientos que tengamos aprendidos, etc.

## Nuestras enemigas

Como ya hemos señalado en otro artículo no consideramos a alguien como nuestra enemiga porque piense diferente a nosotras sino porque ésta tenga la capacidad de ejercer su voluntad por encima de nosotras, es decir, que tenga el poder de dominarnos. Mientras una persona no tenga este poder bien podemos ignorar sus argumentos o bien tratar de rebatirlos para encontrar cómplices. Nuestras enemigas no lo son en tanto que tienen intereses antagónicos a los nuestros sino en tanto que tienen la posibilidad de jodernos la existencia. Es por eso que encontramos potenciales enemigas en nuestras asambleas de barrio pero, sin embargo, podemos compartir espacio con ellas porque de momento son inocuas. Es decir que nuestras enemigas lo serán, por ejemplo, en tanto que sus intereses en construir un espacio jerarquizado y centralizado desde donde dirigir el movimiento se imponga *de facto* a nuestras aspiraciones de horizontalidad.

Por esta razón se da el caso, y quién lo iba a decir, que a las que señalamos como «contrarias» no vienen dadas por unos planteamientos políticos previos sino por unas maneras de hacer un tanto turbias y con mala fe. Se trata de todas aquellas que se sirven de las artes oscuras. Por un lado, la manipulación, el control, el dirigismo y el más burdo aprovechamiento de las voluntades. Presuponemos que estas malas prácticas responderán a unos réditos políticos o ególatras. Por el otro, las chivatas, las que condenan, las que señalan,

las que se disocian, etc. En este caso, malas actitudes y hábitos personales derivados de una despreciable manera de ver el mundo que no queremos tolerar y con las que tendremos que ir lidiando. Es de una gran madurez política y de un respeto absoluto el tratar las diferencias entre nosotras y no de cara a la galería o la policía.

### **No todo es el 15M, no todo son luchas heterogéneas**

No podemos olvidar que existen compañeras que no le ven el sentido, la integridad y las razones a estos movimientos de mezcla de posiciones. Desde aquí no queremos engendrar un debate ahora de si estas corrientes son de clases medias y terminarán desembocando en los espectáculos institucionales o de si las masas siempre refuerzan al Estado, sólo aclarar que nosotras vemos imprescindible la coexistencia y la confianza entre las diferentes percepciones de una misma confrontación. Además que por nuestra parte, tal y como ya hemos dicho, vemos necesaria la participación en los distintos frentes de lucha.

A aquellas compañeras que aún nos consideran como tales les decimos que si no queremos sentirnos ajenas entre nosotras necesitamos comunicación y debate constante. Entendemos las dudas que les puedan surgir a muchas con la participación en según qué espacios pero deberían venir acompañadas también por la confianza y el intentar comprender los porqués. Es desde esa misma confianza que somos las primeras interesadas en saber, por parte de las compañeras, los argumentos que desvelan si nos estamos equivocando. Con este texto esperamos saber explicar nuestra posición y que las críticas recibidas sean fundamentadas.

### **Quien no arriesga no gana**

Está claro que las reivindicaciones que se suelen expresar en las luchas masivas y heterogéneas se encasillan en la deplorable cultura democrática, donde las quejas se

acercan demasiado a los discursos del poder: más trabajo, más dinero, más control, más leyes, más democracia, más ocio, etc. Pero, sinceramente, ¿qué podíamos esperar tras 30 años de pacificación social y de sumisión y tolerancia ante las vencedoras de la Transición? Nuestros deseos de insurrección no pueden subestimar todos los dispositivos estatales minuciosamente fabricados desde oficinas, centros de inteligencia, intelectuales posmodernas, gabinetes de prensa... El bienestar consigue que la miseria no aparezca de la noche a la mañana, aunque afortunadamente termina estallando.

Pero si nos hubiésemos quedado a lo lejos juzgando y observando la superficialidad de las demandas no hubiéramos descubierto a cada una de las personas y sus motivaciones reales, sus verdaderos anhelos. Y menos mal que hemos estado dispuestas a separar el grano de la paja —demócrata—, ya que esos sueños son, a veces, muy cercanos a los nuestros.

Aquellas a las que les interesa el estado actual de las cosas ofrecen multitud de fábulas con las que explicar los malestares, con las que maquillar la tragedia; el discurso oficial —ciudadanista, participativo, cívico, no violento— dicta la construcción lógica para que esos malestares o incluso deseos se articulen en su propio cauce democrático. Aun así el adoctrinamiento no es perfecto y, al final, las desigualdades, la pobreza, la tiranía y el desasosiego no pueden esconderse tras las respuestas más normalizadas: la mierda siempre sale a flote. Y es ahí cuando nosotras, anarquistas, comunistas, anticapitalistas, podemos presentar cuáles son nuestros relatos para explicar la realidad, con la esperanza de encontrar cómplices en la batalla.

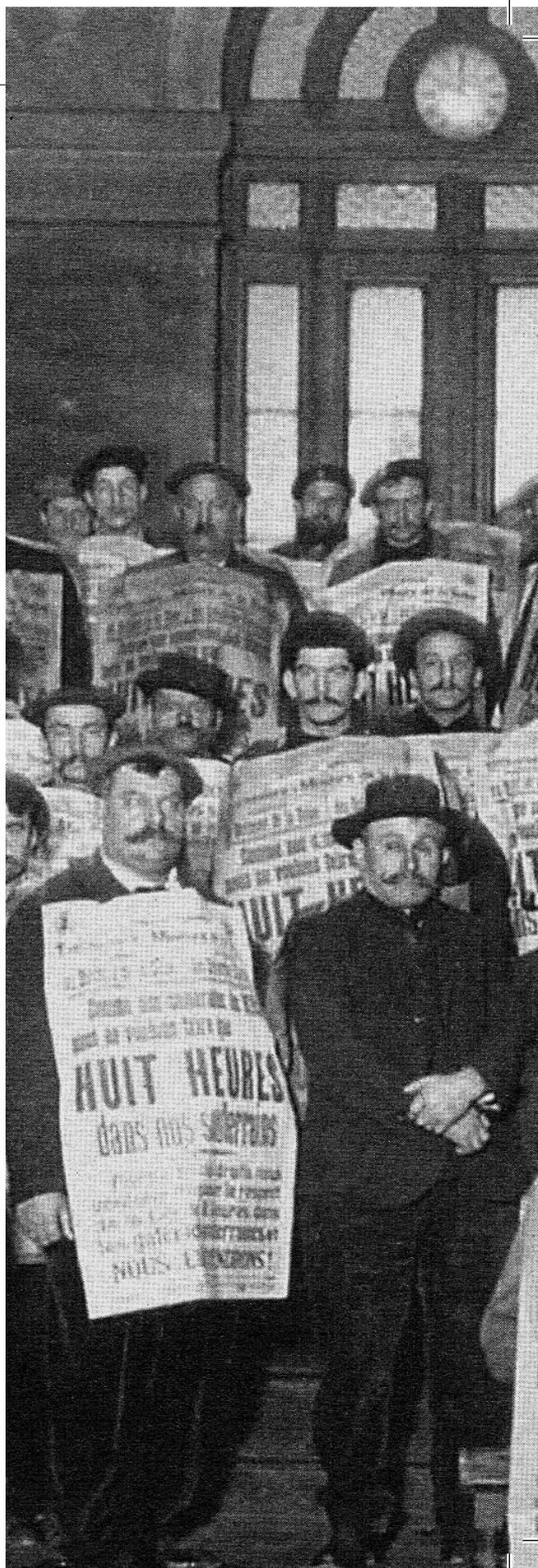
Oportunidades como la ocupación de las plazas y lo que se ha ido generando luego nos brindan momentos y experiencias que trastocan el discurrir monótono de la vida de mucha gente. Son estas vivencias —avidez por la discusión, sed de conocimientos, necesidad de comunidad, creer que ahora se puede, catarsis emocional, compartir el

protagonismo de cada una, despertar del letargo— las que van demostrando que existen en lo social otras relaciones posibles. Viniendo de donde veníamos, e intuyendo que el declive económico no reculará, ahora nos fortalecemos con estos acontecimientos porque constituyen lo necesario para ir a otro sitio: las relaciones y lazos comunitarios desde abajo que puedan plantar cara a la farándula de las clases adineradas.

Estos espacios heterogéneos son sitios perfectos para promover el debate, contrastar nuestras posiciones con las de los demás, enriquecernos mutuamente, pero en ningún caso deberían ser sitios para promocionar unas ideas y prácticas excluyentes, para eso ya existen otros espacios. Hay ciertas acciones que no nos gustarán, otras las detestaremos pero para nada debemos encabezonarnos en poner palos en las ruedas de los demás sino que nuestra energía debería dirigirse a proponer y llevar a cabo actividades con los cómplices que nos encontremos.

Transmitir pura convicción con la participación en estos movimientos heterogéneos y reivindicativos sería mentir. Obviamente la duda nos asalta tras la pancarta en defensa de la sanidad pública, pero es desde ahí donde hemos podido vislumbrar la urdimbre de un posible rearme contra este mundo.

Siempre existirá el riesgo de que estas luchas refuercen el papel del Estado, de que el capitalismo se vuelva a salir una vez más con la suya, de que nos integren y se nos quede cara de tontas, pero justo por eso batallamos, para que las demandas a los agentes pertinentes se sobrepasen con la acción directa, para que la delegación en la política se convierta en confianza en una misma, para que el civismo se perciba finalmente como el sistema de control que es, para que el respeto a la propiedad privada se derrumbe ante el placer de los bienes comunes. Para que la falsa unidad de las ciudadanas se rompa ante la evidencia de que existen enemigas. Quien no arriesga, no gana.



# Hay sumas que restan

La apuesta por una lucha amplia con personas que opinan que nuestro discurso es excesivamente radical es una empresa basada en la intuición de que detrás de sus reclamaciones parciales hay impulsos e ilusiones parecidas a las nuestras. A pesar de todas las frustraciones que, como decíamos en el artículo anterior, nos aparecen al hablar con personas que tienen unas pretensiones muy reformistas, confiamos en el potencial del empezar a plantearse el origen real de sus miserias. Si bien es cierto que hay personas que optan conscientemente por los cambios dentro del mismo sistema, ya que confían en él, hay otras que con el tiempo desarrollan un discurso tan crítico que se vuelve antagonista. Es con estas últimas con las que queremos trabajar para hacer que la situación actual devenga en contexto revolucionario.

Aun así sabemos, puesto que hubieron bastantes toques de atención recibidos sobre ese tema, que ninguna práctica está exenta de riesgos y contradicciones y que, por tanto, existe el peligro de buscar compañeras allí donde no las hay. Ante la duda, creemos que hay que intentarlo porque es sólo con la práctica, acumulando experiencias, que podemos avanzar. No es en la abstracción teórica donde encontraremos afinidades sino en las contradicciones que nos ofrece bregar con la realidad. Sin olvidar que aun siendo conscientes del peligro y que lo podemos reconocer queremos recibir las críticas pertinentes cuando nos alejemos de nuestros objetivos revolucionarios.

A parte, hay otras actitudes que conforman lo que hemos querido llamar «movimentismo»<sup>1</sup>: una postura que busca un frente único de voluntad interclasista, muy

a menudo, a cualquier precio. Las acciones movimentistas quieren, tanto como las nuestras, hacer temblar los pilares del sistema, pero sostienen que la sociedad no se encuentra preparada para asumir un discurso radical. Las consecuencias prácticas de esto son: infantilizar a la gente, esconder parte de su discurso y manipular en la teoría y en la práctica aquello que, supuestamente, ejecuten conjuntamente. Con estas dinámicas hay que ir con mucho cuidado ya que si no pretendemos trastocar la realidad, sólo la estamos afianzando.

Aglutinar a la gente no es una tarea negativa en sí misma, pero si no somos claras en nuestros propósitos, haremos confluír personas con intereses tan diferentes como contrapuestos en ciertas ocasiones. En cambio, si comunicamos nuestras pretensiones, podemos de forma sencilla elegir a quién tenemos a nuestro lado y quién no. Hay muchos estadios de afinidad y confluencia, no está mal trabajar con según quien para una lucha y quizá con un grupo más reducido para otros propósitos, pero no es honesto —ni eficaz para nuestra lucha— engañar a las personas evitando explicar la compleja realidad y centrarnos solo en concreciones cotidianas. Nos sirve como ejemplo la resistencia a los desahucios que no plantea una crítica a la propiedad privada o la lucha por la liberación de los pueblos que no tiene en cuenta la estructura estatal en la que se basa su opresión.

Entonces podemos decir que el movimentismo es consciente de las estructuras que sustentan el mundo pero que opta por luchas parciales populistas, ya que tiene como prioridad aglutinar el mayor

1. Para nosotros, «movimentismo» es una serie de prácticas y «movimentista» son aquellas personas que las llevan a cabo; aunque nadie se defina como tal.

número de personas. Pero esta definición resulta tan amplia que hemos querido adentrarnos en discernir los aspectos más relevantes de la práctica del movimentismo para poder estar al loro y parar estas actitudes, tanto si son externas como si las tenemos nosotras mismas.

Por un lado encontramos la creación de un nuevo lenguaje y el abandono de categorías clásicas que aunque hayan podido evolucionar definiendo sujetos y contextos de forma esclarecedora —«precariado» o «flexibilidad laboral»—, la esencia del capitalismo permanece intacta desde sus orígenes. Si el sistema patriarcal y la lucha de clases siguen más vivos que nunca, y por lo tanto, la creación de nuevos conceptos no ayuda a evidenciar esto, solo nos estará sirviendo para distorsionarlo.

Por otro lado, está la búsqueda del evento como hecho inaugural que da importancia a las situaciones anecdóticas —día D— por encima del trabajo de base. Hecho que se traduce muy a menudo en la desesperación por hacer de una acción un espectáculo, televisado si cabe, obviando que la lucha es un continuo dentro de nuestras vidas, y no un sólo momento de pasión colectiva. Como consecuencia de esta apuesta por la simbología de la actuación puntual, es imprescindible delimitar y controlar todo lo que pueda suceder. Y es de esta manera que la movimentista ve desorganización en lo que no es capaz de entender y necesita organizar —la herencia del tic que infantiliza a la gente— aquello que quizá ya se estaba autoorganizando.

En tercer lugar las movimentistas miran de desmarcarse públicamente de los hechos que pueden hacer temblar la frágil cohesión del movimiento interclasista que están intentando crear. Aunque puedan estar en consonancia con acciones que ataquen los pilares del sistema, si estas se adelantan a aquello que ellas creen que es la crítica adecuada para el contexto social que se vive, huirán. E incluso llegarían a denunciar a las «culpables» en los grupos heterogéneos o de cara a la policía. Y todo esto, quieran o no, se traduce en evitar el enfrentamiento

contra el sistema, ya que, insertadas en su lógica universal de valores, creen que podrán convencer a las que tienen intereses diametralmente opuestos para que abandonen sus deseos en un ataque irrefrenable de solidaridad; romántica idea que evitaría el enfrentamiento.

Lo que diferencia una práctica movimentista de una revolucionaria es que esta última implica el choque de intereses entre las dominadas y las dominadoras, sabiendo que éstos son irreconciliables: no las queremos convencer, queremos impedir que puedan ejercer su poder sobre nosotras.



# QUEMAREMOS TODOS LOS MICRÓFONOS



No deberíamos olvidar que la asamblea es únicamente una manera de organizarnos entre gente que tiene algún interés en común y quiere decidir qué hacer conjuntamente. Si nos olvidamos de esto —y demasiadas veces lo hacemos— podemos llegar a querer atornillar con una barra de pan.

Desde el acercamiento del 15M, y por supuesto antes, se han ido repitiendo una serie de dinámicas pautadas, calcadas, que se materializan en las «asambleas generales». Éstas quieren dar respuesta a la protesta de una masa heterogénea de gente a la vez que se busca la manera de consensuar una unidad de acción entre desconocidas. Sin analizar ahora

qué es exactamente una asamblea y qué no es, ni en qué momentos se escoge hacer una o no, nos resulta importante señalar que no siempre se deben hacer asambleas para resolver el desorden o las contradicciones que aparecen de la amalgama de gente diversa.

En estos momentos las asambleas podrían servir para acordar o coordinar propuestas, otras actúan de catarsis colectiva y, a veces, sirven para reafirmar lo que comúnmente ya ha sido aceptado desde espacios más pequeños. También hay momentos que necesitan una fuerza y una tensión que responde a la inmediatez, al calor del momento y que sólo encuentra las afinidades y los consensos que existen sin la necesidad de una asamblea que legitime lo que sucede.

No pretendemos confrontar la espontaneidad a la asamblea, ni cantar sus alabanzas escondiendo sus miserias, sino afirmar que de la misma manera que la mayoría de veces se acusa a la espontaneidad de autoritarismo y de imponer sus decisiones y consecuencias a personas que no han escogido su camino, decidir hacer una asamblea ya es decidir qué hacer, y su resolución es antagónica a otras posibilidades que la asamblea niega en el momento que se ejecuta. Si pensamos que el contenido no puede prevalecer por encima de las formas podemos caer en la estupidez de priorizar la forma por encima del contenido. En demasiadas ocasiones —y como cualquier ideología— se ha aceptado la asamblea de forma acrítica y nos hemos dejado llevar por un automatismo —que a menudo responde a un «no saber hacer»— tal como el de acabar las manifestaciones con un «culo en el suelo» para hacer una asamblea, matando la energía de la manifestación y del hecho de estar juntas reconduciéndolo al terreno del debate y del aburrimiento.



Hemos querido analizar tres casos recientes donde esto queda reflejado, en algún caso para criticar el asamblearismo dogmático y en otros para observar las carencias a las que una apuesta por el espontaneísmo acrítico nos puede llevar.

### **Cuando decidir cómo hacer es decidir qué hacer. Manifestación de estudiantes de 29 de febrero del 2012**

Éramos muchas delante de la puerta de la Universidad de Barcelona el pasado 29 de febrero tras las cargas policiales. Congregadas allí, sudadas y rabiando por los golpes y las carreras, sabíamos que a un par de kilómetros de donde estábamos había la oportunidad de pinchar allí donde le podía hacer daño al Poder: El Congreso Internacional del Móvil, ubicado en la plaza España. De forma bastante espontánea algunos grupos comenzamos a gritar incitando a la multitud de gente reunida para que no diera por finalizada la manifestación y siguiéramos juntas —el mayor número de personas posible— hacia plaza España. En la puerta de la universidad y subidas a un camión con un equipo de altavoces las convocantes de la manifestación —algunas portavoces de la PUDUP<sup>1</sup>— desconvocaban la manifestación.

Hasta aquí se entiende, si las convocantes tenían un recorrido marcado y finalizaba allí era normal que eso sucediera. El problema se dio en el momento que las líderes estudiantiles subidas encima del camión —queriéndose imponer por encima de lo que estaban gritando algunas manifestantes— quisieron actuar de apagafuegos ante la voluntad de algunas de ir a plaza España y reconducir esta



decisión hacia la celebración de una asamblea para decidir qué hacer, utilizando los micrófonos para hacer oír su voz y aplastar la de numerosos grupos que, de forma diseminada, gritábamos: «Anem, anem, anem a Plaça España!»<sup>2</sup>.

De esta manera se decidía unilateralmente hacer una asamblea en vez de que cada una hiciera lo que pensara o sintiera más conveniente, matando en la búsqueda del consenso la rabia que muchas sentíamos, alimentando la ficción de que hay que explicitar y acordar qué hacer en un espacio formal para poder hacer algo. En aquel momento —y debido a que algunas de las personas subidas al camión ya habían protagonizado acciones de manipulación de este tipo

1. Plataforma Unitària en Defensa de la Universitat Pública.

2. «Vamos, vamos, vamos a Plaza España!»

(vamos, que ya nos conocemos)— hubo una serie de abucheos que terminaron con empujones e insultos contra las líderes estudiantiles.

Sin embargo, una parte de la manifestación —después de 50 minutos de incertidumbre— se dirigió hacia plaza España donde, al menos, se consiguió trascender la lucha meramente estudiantil hacia una perspectiva más estructural haciendo cerrar durante unos minutos el congreso de telefonía móvil y el centro comercial las Arenas.

Ese día muchas actuamos de forma impulsiva al ver que de nuevo las líderes estudiantiles nos «invitaban» a poner el culo en el suelo y hoy —ya más en frío— necesitamos hacer una autocrítica. Podríamos haber cogido el micrófono para decir que algunas queríamos ir a plaza España y que esto no se contradecía con la apuesta de otras de realizar una asamblea, lo criticable de ambas posturas es que nos empeñamos en el hecho de que todo el mundo allí presente debía decantarse por una de las dos opciones, en lugar de dividirnos en función de lo que cada persona quería hacer. En vez de eso muchas personas se quedaron como meras espectadoras de un espectáculo que, a buen seguro, no acabaron de entender y que tampoco nosotros no supimos explicar al resto. A veces —y quizá es normal— los micrófonos nos quemaban en las manos.

### **La pugna por la plaza: unidad de acción en la pluralidad de tácticas**

El 27 de mayo del 2011 cuando comenzó a correr la noticia que estaban desalojando la acampada de plaza Catalunya fuimos miles las personas que nos acercamos para evitarlo. Desde primera hora, y durante toda la mañana, la gente que llegaba se iba distribuyendo por el perímetro de la plaza. La visión general era clara: un grupo de entre 100 y 200 compañeras se encontraban en medio de la plaza, trabajadoras de BarcelonaNeta tiraban toda la infraestructura acumulada y las pertenencias de la gente que allí dormía a los camiones de la basura, y cientos de policías vigilaban la situación para asegurar la “limpieza” de la plaza. Rápidamente la inteligencia colectiva empezó a funcionar, si los camiones no pueden circular el desalojo no

se podría efectuar. Gente que intentaba convencer de que se marcharan a las trabajadoras de la limpieza, gente bloqueando con su cuerpo la movilidad de los vehículos, gente que les pinchaba las ruedas. No era necesario hablarlo entre todas, sólo con la gente más cercana, sólo había que ayudar a la persona que tenías al lado. Si todas hacíamos algo, lo que creyéramos más efectivo, podríamos parar el desalojo.

Cuando los golpes de porra cayeron sobre nuestros cuerpos muchas no nos volvimos a sentar, pero al ver que otras todavía aguataban no pudimos dejarlas solas. Gente en el suelo era golpeada mientras gente de pie intentábamos desbordar los cordones policiales. Hubo empujones, puñetazos y patadas contra la policía, ya fuera para recuperar el control de la zona, para liberar a las que eran golpeadas o para devolver un poco de la violencia que estábamos recibiendo. Tal mezcla de gente y de formas de hacer volvió loca a la policía ya que no sabía si la persona que le corría por detrás le atacaría, huía o quería volver a sentarse e impedir el paso de los camiones.

Una vez que las peloteras acabaron de hacer el trabajo que los golpes de porra no podían hacer, un gentío rodeó la plaza. Unos cuantos mossos intentaban con impotencia evitar que la gente entrara. En algunos lugares de este asalto la gente retrocedía ante la amenaza de carga, en otras las amenazas eran respuestas con intentos de avalancha o con empujones.

Finalmente, cuando se dieron las órdenes de desmontar el dispositivo, miles de personas volvimos a la plaza. Pero muchas no estábamos contentas con que la policía se fuera, la queríamos echar nosotras. Carreras, más empujones, más golpes, lanzamiento de botellas, garrafas y alguna piedra. Algunos mossos se vieron rodeados y alguno de ellos perdió la porra. Pese al intento de algunas fundamentalistas del pacifismo para que la gente no saliera de la plaza, muchas «acompañamos» a los mossos hasta la plaza Urquinaona, desde donde finalmente se marcharon.

Hay una cierta tendencia que quiere esconder que, a pesar del pacifismo acrítico del 15M, ese día fue la suma de las diferentes tácticas lo que hizo desbordar a la policía. Y si esto sucedió así fue porque no se nos ocurrió en ningún



momento hacer una asamblea «para decidir entre todas qué queremos hacer», simplemente lo hicimos. Si nos hubiéramos parado a decidir una línea común de acción no se habrían pinchado las ruedas de los camiones, no habría habido ningún intento de defendernos de la policía ni de echarlos a pesar de que éramos muchas más que ellos. No, si hubiéramos hecho una asamblea lo único seguro es que hubieran desalojado la acampada mientras nosotras estábamos hablando.

## **20N, victoria popular**

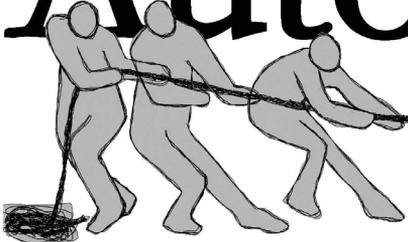
El 20 de noviembre del 2011, con la victoria del Partido Popular, plaza Catalunya volvió a erigirse como centro o altavoz de la protesta contra el capitalismo, los recortes y el retorno de los neocons españoles al poder político. Pero un encuentro que muchas habían imaginado multitudinario se convirtió en una cacerolada más bien poco masiva. Ante esta afluencia de gente, evidentemente, empezaron a circular varias ideas por la plaza. Algunas seguro que venían de su casa con las intenciones bien afiladas y otras charlando en pequeños grupos hablaban de sumarse a una u otra propuesta. Lo que sucedió al final fue el desmoronamiento de los ánimos gracias a una asamblea que mató las ganas y la visceralidad de un momento como aquél. Sentadas escuchando los argumentos o las ideas de

quien se atrevía a salir a hablar en público sobre qué teníamos que hacer acabaron hundiendo o despotencializando las posibilidades que se adivinaban: ir al hotel Majestic donde CiU festejaba los resultados electorales, ir al World Trade Center donde el PP celebraba su triunfo, ir a apoyar el edificio ocupado 15-O, entre otras propuestas.

Un momento para la solidaridad o el odio se acabó convirtiendo en un ritual racionalizador que hizo que marchara mucha gente a casa mientras las diferentes opciones que surgían acabaron desinflándose, sin rabia, sin ánimos, haciendo lo que tocaba hacer, en un marco de la protesta pautado. Parece que estamos integrando que el consenso derivado de un asamblearismo centralista es la única manera de actuar, que el resto de expresiones deben desautorizarlo o deben vivirse aisladamente, en solitario, sin que exista la posibilidad de contagio. Pero además debemos decir que nuestro disgusto de aquel día también viene dado por nuestros propios límites que nos impiden tirar adelante una propuesta contra viento y marea. Si hubiéramos venido más preparadas con propuestas concretas y pancartas, decididas a marchar hasta la sede de las vencedoras, habríamos podido aprovechar este momento y llegar a quien quisieramos sin necesidad de asamblea. Quizás es nuestro miedo a ofrecer propuestas claras o nuestra confianza ciega en el espontaneísmo la que hace que, a veces, nos unamos en una expectación crítica pero ineficaz.

# Autogestión de la miseria

*o miserias de la autogestión*



En el anterior número de *Terra Cremada* hablábamos de la superación de la democracia en tanto que superación de la forma de gobierno actual y de la trampa en la que se basa la separación entre política, economía y vida. Hoy queremos centrarnos en lo que supone hacer una separación entre la economía —cómo satisfacemos nuestras necesidades— del resto de relaciones de las que se alimenta el capitalismo. Una separación que favorece que el sistema capitalista pueda reinventarse a la vez que nos puede debilitar en nuestra lucha por acabar con el trabajo y la propiedad privada. Hacemos este artículo no con la intención de emitir por fascículos cómo superar estas parcialidades —ya que estaríamos cayendo en aquello que criticamos— sino porque últimamente vemos cómo, de la misma forma que ya apuntamos en la crítica a la democracia, al no tener suficientes palabras, discursos ni —sobre todo— prácticas que superen la manera actual de vivir y de relacionarnos, podemos acabar anclándonos y reafirmando las miserias a las que el capitalismo nos condena. Si apuntamos esto es porque nos preocupa que muchas de las dinámicas o proyectos que dicen alejarse del capitalismo caigan en el espejismo de que podemos vivir sin capitalismo sin destruirlo: podemos plantearnos un mundo sin capitalismo, pero éste, con su esencia expansiva y global, no deja lugar a que exista un *afuera* o un *al margen*.

También queremos dejar claro de entrada que no pretendemos desmerecer ninguna iniciativa individual o colectiva de aquellas que, como nosotras, han de *buscarse la vida* para sobrevivir de la manera menos dolorosa y más apasionante posible; lo que queremos apuntar es que estas salidas no son realmente tales, sino maneras de existir dentro de nuestra miseria. No pretendemos dar lecciones sobre dónde sí o dónde no han de ir a parar nues-

tras energías, sino preguntarnos por qué aún no hemos sido capaces de crear imaginarios y prácticas colectivas e individuales que nos empujen a la creación de proyectos realmente comunitarios para abastecer nuestras necesidades y deseos sin que sea a costa de terceros o que estas actividades sean meramente paliativas. Nos dirigimos a aquellas que, como nosotras, han decidido no apostar por un sitio fijo donde llegar sino por unas formas de hacer que nos puedan empujar a construir procesos relacionales basados cada vez más en lo comunitario. Nos dirigimos a aquellas que ven que, por ahora, estamos acomodadas o adaptadas a la miseria de tener que trabajar por la falta de un horizonte revolucionario cercano..., ¿o será por eso mismo que no hay una perspectiva de superación revolucionaria?

No tenemos nada que objetar ante el hecho de que algunos compañeros busquen organizar su vida como quieran y saquen el mejor partido posible de las circunstancias en las que se encuentran. Pero protestamos cuando las formas de vida, que no son ni pueden ser más que adaptaciones al sistema actual, se quieren presentar como algo anarquista o, peor aún, como medio de transformar la sociedad sin recurrir a la revolución.

E. Malatesta

## La lógica del mercado que (casi) todo lo impregna

No, el capitalismo no se aguanta solamente porque haya unos grandes magnates que dominen el mundo, no, ni mucho menos. El capitalismo se aguanta y se reproduce porque nuestra manera de relacionarnos con el mundo —y por tanto también entre nosotras— es casi enteramente capitalista<sup>1</sup>. Esto quiere decir que en la cotidianidad de nuestros gestos reproducimos unas dinámicas que nos difi-

cultan ver y experimentar más allá de las relaciones de dominación y la mercantilización de las relaciones humanas. A veces es sólo porque no tenemos suficiente dinero para invertir un capital base para convertirnos en empresarias de éxito, pero hay pequeños gestos inmersos en nuestra cotidianidad que demuestran hasta qué punto la lógica mercantil guía nuestras decisiones. Pensar que el capitalismo es algo externo a nosotras es infravalorarlo y por otro lado bajar la guardia a la hora de combatirlo. La lógica del capitalismo —el individualismo, la propiedad privada, la especulación, la dominación sobre la otra, etc.— se inserta dentro de nosotras dificultando que nos relacionemos a partir de lo que necesitamos conjuntamente y provocando así la relación con la otra a partir de lo que nos puede ofrecer. Hay que decir que esto no significa que la hegemonía del capital sea total —no seremos nosotras quienes plantearemos su perfección como sistema. La tendencia de lo comunitario, consustancial al ser humano, siempre reaparece en las grietas de esta sociedad; todas hemos visto y disfrutado alguna vez de la solidaridad entre iguales, del funcionar sin leyes, del dar sin esperar nada a cambio, etc. Es el movimiento real que anula e intenta superar el estado de cosas actual.

### El espejismo de las alternativas

Banca ética, cooperativas, mercados de intercambio, nombres que suenan y resuenan aún más en nuestras asambleas de barrio a raíz de la ocupación de las plazas por todo el Estado —el llamado movimiento del 15M— cuando

algunas plantean posibles salidas al capitalismo. El espejismo de las alternativas nos puede hacer desviar el tema de fondo, obnubilarnos en el pantanoso mundo de escoger el producto que más nos agrade, la forma en que más nos guste ser explotadas, la ética que más nos convenga siempre y cuando participemos de la especulación y la usura, la salsa con la que decidimos ser cocinadas siempre y cuando no se nos ocurra atacar la propiedad privada ni los privilegios de aquéllas que nos dominan porque..., ¿dónde preferiríamos dejar nuestro dinero, dónde preferiríamos trabajar?... Si no nos hacemos las preguntas adecuadas podemos acabar picando el anzuelo y olvidarnos de que de lo que aquí se trata es de seguir luchando contra el dinero, contra el trabajo y contra toda opresión.

1. Patriarcado y capitalismo van de la mano y, por tanto, un anticapitalismo que plantee una superación del mismo solo en su vertiente económica —o cualquier otra vertiente parcial— no es un anticapitalismo completo. Lo mismo sucede con el racismo, la homofobia, etc. El capitalismo se ha nutrido de todas estas dominaciones para así poder ejercerse, y no hubiera podido llegar hasta donde ha llegado sin la ayuda de éstas.



## Con sumo consumo

El capitalismo, en su lógica de expansión mercantil, ofrece mercados y productos para todas aquéllas que están dispuestas a comprarlos. La industria ética, ecológica, «bio», con respeto al medioambiente, etcétera, es el resultado de la expansión lógica del capital. Si aparece este mercado es porque puede generarse más capital. Si este mercado triunfa es porque hay gente que se gasta el dinero en él. No es que apostemos por hacerle ningún boicot especial a este tipo de productos, pero es evidente que el cambio hacia un consumo de esta clase no produce ninguna transformación significativa en las relaciones sociales actuales. Y aquí radica el problema: ¿Cuánta gente cree realmente que comprar tal o cual producto, en esta o aquella tienda, es un frente más del anticapitalismo? O peor todavía, que creen que es el camino para la transformación social... Podemos escoger comer más sano o que no se enriquezcan las cuatro marcas de siempre pero no se nos puede olvidar que bajo el capitalismo el consumo siempre es reproducción del capital.

### ¿Bancas éticas o estéticas?

¿Cómo podría llegar a ser una banca ética, o mejor dicho, a qué ética si no a la de la banca responde una banca ética? ¿A qué lógica si no a la de la especulación responde una banca con estas características? Que nuestro dinero sea utilizado para especular con productos macrobióticos en vez de con la industria nuclear poco le importa a la banca mientras unos y otros aporten beneficios a estas empresas fi-

nancieras —sólo hace falta saber el caso de Triodos Bank y O'Belen<sup>2</sup>. Y ahora, ¿somos capaces de imaginar depositando nuestro dinero en algún lugar seguro sin tener que pasar por un banco? Sí, sabemos que lo mejor de todo sería prescindir del dinero y del intercambio en la satisfacción de nuestras necesidades pero la mayoría de gente sigue cobrando a final de mes, ingresando y domiciliando sus recibos en una cuenta corriente y cobrando sus salarios, prestaciones o ayudas a través de tal o cual entidad bancaria. Pensar que la mayoría de nosotras guarda su dinero bajo una baldosa sería muy iluso por nuestra parte, a pesar de que sería interesante que en nuestros barrios y espacios hiciéramos ver a nuestras compañeras que, aunque de entrada no sea muy seguro dejar el dinero en metálico en casa, el hecho de dejarlo en un banco no nos da más garantías —por no decir que incluso menos. Si hacemos un balance de todos los problemas, contradicciones y dolores de cabeza asociados al hecho de tener el dinero en un banco, podemos concluir fácilmente que es mejor alejar el dinero de la especulación bancaria. Los bancos trabajan más o menos con el 10% del dinero que dicen tener, el resto es ficticio. No hace falta que nos vayamos al caso del corralito argentino para demostrarnos cuan seguro es esperar que el dinero que depositamos tranquilamente en un banco nos sea devuelto cuando queramos: los casos suceden cada vez más cerca de nosotras, en el pueblo de Aldea, el diciembre pasado. También es importante tener en cuenta las sanciones administrativas y penas multa ya que, cada vez más, la represión de baja intensidad intenta

2. Os remitimos a la página de unas compañeras de Madrid que trabajan en contra de los centros de menores, llamados eufemísticamente centros de protección a la Infancia y la Adolescencia. <http://www.centrosdemenores.com/?Campana-de-boicot-a-Triodos-Bank>. Tal vez no hablaríamos tanto de este tipo de banca si no fuese porque han aumentado de forma exponencial su clientela a raíz del fenómeno de las ocupaciones de plazas alrededor del Estado.

3. Respeto a esto, a sabiendas de que es un tema peliagudo donde cada cual de nosotras tendrá sus propias particularidades, remitimos a la compilación de datos realizada por las compañeras de insubmisión a las penas multa: <http://guinardo.org/documents/manuals-antirepressius/>

## Cooperativa Integral Catalana: ¡dejad de vendernos la moto!

Como ya hemos dicho, no queremos desmerecer ninguna iniciativa por la consecución de la emancipación humana. Cada colectividad o unidad económica —ya sea un individuo, una familia, un colectivo, etc.— intenta encontrar los mecanismos para cubrir sus necesidades y satisfacer sus deseos. El problema aparece en el momento en que una de estas unidades promociona su particular *forma de hacer* con un carácter o una pretensión universalista. Llegando a proponer su modelo como una superación *del* capitalismo *en* el capitalismo, vendiéndonos la

moto de que es posible acabar con éste sin combatirlo. Cuando esto sucede, demasiadas veces se nos vende la propuesta a partir de una mistificación de ésta, es decir, alabando los aspectos positivos y escondiendo aquéllos que pueden poner en cuestión el proyecto. Se nos esconden —o escondemos— estas contradicciones y dudas que aparecen en la puesta en práctica de un proyecto ideal y seguimos idealizándolo cuando se lo explicamos a otras, en lugar de mostrarles las dudas que nos van surgiendo en el camino.

Hacer nuestra propia moneda no acaba con el problema de la alienación puesto que existe igualmente la mediación entre el producto de

nuestra actividad individual y lo que necesitamos entre miembros de una misma comunidad como si fuera una relación entre extrañas. Repetimos que, debido a que aún no hemos acabado con la moneda acuñada por el Estado, podría parecer inútil —o, como mínimo, imprudente— criticar la propuesta concreta de un colectivo en particular. Lo que aquí criticamos es que esto se proponga como solución al capitalismo cuando en realidad se trata sólo de un capitalismo controlado —en pequeña medida— por las propias miembros: es decir, un proyecto de socialdemocracia radical. Por lo tanto, no es nuestro proyecto; ni más ni menos.

ahogarnos económicamente y, por eso, la insolvencia se presenta como una de las herramientas más efectivas en un primer momento. Muchas de nosotras ya hemos comprobado que no tener el dinero en el banco no sólo es una cuestión de ética sino de seguridad<sup>3</sup>.

Entonces, ¿qué hacemos con nuestro dinero? Bien, la mayoría de nosotras no tenemos demasiados problemas con esconder los cuatro ahorros bajo la baldosa de nuestra casa. Pero si lo que nos preocupa es de dónde sacar el dinero para proyectos más grandes, puede que tuviéramos que pensar en tirar para adelante a partir del dinero que realmente podamos conseguir. Ya sea a partir de exponerlo en nuestros colectivos y pedir ayuda económica al resto de personas o asumir que no podemos tirar adelante nuestro proyecto si no queremos pasar por el crédito y lo que esto conlleva.

### La falsa comunidad de la mercancía

El poder del dinero es el de fabricar un vínculo entre los que carecen de vínculos, el de vincular a los extranjeros en tanto que extranjeros y, de ese modo, poniendo cualquier cosa en equivalencia, poner todo en circulación. La capacidad del

dinero de vincularlo todo se compensa por la superficialidad de este vínculo en el que la mentira es la regla.

*La insurrección que viene,*  
Comité Invisible

Muchas podrían hablar de otras economías, y de hecho lo hacen, remitiéndose a economías solidarias o mercados de intercambio, a bancos de tiempo y mercados de favores, pero esto lo único que hace es extender los tentáculos de la lógica mercantil y su base: el intercambio de propiedades privadas. Para muchas de nuestras compañeras el fundamento del capitalismo es el dinero, pero no es así. El intercambio es el fundamento sobre el que se sustenta el mercado y se basa en crear una relación no entre las personas, sino entre éstas y las cosas: —¿qué posees?, ¿qué me ofreces?, ¿qué quieres? En vez de ¿qué necesitas? o ¿qué te puedo ofrecer?. Frente al intercambio, nosotras proponemos la reciprocidad. Mientras el intercambio se da entre personas aisladas que se relacionan a partir de aquello que tienen —tanto tienes, tanto vales—, la reciprocidad se da en la relación de los que tienen algo en común. La reciprocidad permite tejer algo colectivo ya que cuando das, lo haces de manera incondicional, sin esperar

## Por la cooperación, contra el cooperativismo

El cooperativismo no es la superación de la economía, no es no-capitalista, es solamente una de las opciones más acordes con nuestra forma de hacer en tanto que estamos forzadas a trabajar para poder sobrevivir. Lo que queremos señalar aquí es que estos proyectos empresariales tienen ciertas limitaciones y hace falta que las evidenciamos para no mitificarlos.

Evidentemente, para construir una alternativa real es necesaria la cooperación entre las excluidas, pero para ello no hace falta montar una cooperativa. Las asambleas de trabajadoras, las cajas de resistencia o la redes de apoyo mutuo, por citar sólo algunas, son otras formas de organización entre iguales que

no pasan necesariamente por la gestión empresarial del mundo laboral.

Confundir la herramienta — cooperación — con la institución de la misma — cooperativismo — es comenzar a perder el potencial transformador de nuestras formas de hacer. De la misma forma que no hay — por suerte — quien propone retomar las asociaciones de vecinas como manera de afianzar la autoorganización que se está dando en los barrios, pretender crear un polo anticapitalista en el mundo laboral a partir de una cierta forma de gestión empresarial no es solamente ingenuo sino también insultante. Las cooperativas pueden ser consideradas anticapitalistas si las personas que las conforman apuestan de forma consciente por unas relaciones comunistas,

lo que implica salir del marco laboral e implicarse en el conflicto que se extiende por todo lo social.

Formalmente, una cooperativa es la forma de inscribirse en el registro mercantil que nos da más posibilidades de decidir cómo y con quién trabajar. Para que sea además una herramienta liberadora necesitamos que entre a formar parte de las infraestructuras en las que se puedan apoyar las luchas, desviando conocimientos y recursos materiales y estando dispuestas a cerrar cuando las contradicciones capitalistas la empujen a la explotación de otras compañeras o a la mercantilización de nuestras ideas y prácticas. Estas son las cooperativas que nos hacen falta.

nada a cambio y, en algunos casos, sin saber quién lo recibirá; sabiendo únicamente que es miembro de una comunidad que apuesta por este tipo de relaciones. Simplemente, lo que queremos apuntar es que si hay mercado podrá existir un vínculo pero no tiene por qué existir comunidad, sino que tal vez la dificulte.

## La explotación autogestionada; trabajadoras autónomas y cooperativas

(...) Según los requerimientos del mercado, la mano de obra es empleada o arrojada de nuevo a la calle. Dicho de otra manera, se utilizan todos los métodos que le permiten a la empresa hacer frente a sus competidoras en el mercado. Los obreros que forman una cooperativa de producción se ven así con la necesidad de gobernarse con el máximo absolutismo. Se ven obligados a asumir ellos mismos el rol del empresario capitalista, contradicción responsable del fracaso de las cooperativas de producción, que se convierten en empresas puramente capitalistas o, si siguen predominando los intereses obreros, terminan por disolverse.

*Reforma o Revolución,*  
Rosa Luxemburg

Montar una empresa y esperar que sea rentable pasa por inscribirse dentro de la lógica de la competitividad. Tanto si lo haces tú sola como si lo haces con cuatro amigas, es decir, tanto si te haces autónoma como si montas una cooperativa. Si una empresa no es competitiva, muere. El engaño que nos hicieron creer en la época de la reconstrucción capitalista tras la II Guerra Mundial — en los años 50 en Europa y en el Estado español durante la *transacción democrática* — era el que proclamaba que, de la noche a la mañana, podíamos dejar de ser trabajadoras para pasar a ser empresarias por el sólo hecho de librarnos de la explotación de una patrona, sin darnos cuenta de que también estábamos sujetas a la explotación del mercado, de la competencia. El capitalismo — debido a las duras luchas obreras de los 60 y 70 — dió la oportunidad a unas cuantas trabajadoras de probar a hacer un salto de clase, siempre y cuando demostraran que podían ofrecer beneficios a la empresa y competitividad al mercado a base de explotarse ellas mismas, a terceras personas o a las consumidoras. En este recorrido, muchas han sido las que se han creído esta mentira

reforzada por algunos ejemplos que han ayudado a alimentar esta ficción<sup>4</sup>. Pero el hecho es que la mayoría de aquéllas que apostaron por crear su empresa lo han hecho a cambio no sólo de vender su fuerza física sino también su salud mental así como la de sus compañeras de trabajo y la de aquéllas que tenían más cerca.

La lógica empresarial se inserta dentro de la mentalidad de la trabajadora autónoma llegando, en la mayoría de los casos, a contratar a personal cuando hay suficientes beneficios y a despedirlo cuando ya no hace falta o cuando su servicio ya no genera beneficios. Es ahí cuando viene la justificación de sus miserias recordando todo lo que ha tenido que luchar para levantar la empresa —y no decimos que en muchos casos eso no sea verdad. Lo que sucede es lo mismo que en cualquier otro negocio: se socializan las pérdidas y se privatizan las ganancias. Si no aceptamos ser explotadoras o no tener miramientos pues, sencillamente, nuestra empresa no tirará adelante... entre otras cosas porque no será competitiva.

#### —El proletariado sin enemigos.

¿A cuántas personas conocemos que fueron engañadas en los 80 haciéndoles creer que si montaban su empresa dejarían de ser explotadas por un jefe? —¡A partir de ahora mi jefe seré yo!, y no podían tener más razón. El hecho de que muchas decidieran hacerse autónomas provoca una aparente ausencia de enemigos. La trabajadora autónoma nada más puede acusar de sus males a un ente abstracto como es el mercado, al contrario que la trabajadora clásica que podía acusar a la persona que le contrataba y explotaba. En

esta ausencia de responsabilidad externa, la autónoma solamente puede autoresponsabilizarse y luchar para hacerse más deseable para el mercado, es decir, hacerse más competitiva. *Voilà!*... el milagro del capitalismo, conseguir que sean los propios súbditos los que decidan autoexplotarse.

El trabajo autónomo ha sido una herramienta indispensable para el desarrollo del capitalismo en nuestras sociedades en los últimos tiempos. Ha posibilitado a las grandes empresas un gran abanico de mano de obra 100% disponible, a la vez que ha conseguido que ésta se responsabilizara de todos los costes de gestión, organización y seguridad social. La flexibilidad que ofrece una trabajadora autónoma se adapta perfectamente a la necesidad de mano de obra que tiene el mercado.

Lo que se ha llamado externalización de funciones de las grandes empresas en el proceso de producción, distribución y/o venta del producto o servicio no ha sido otra cosa que una disminución del coste por parte del gran empresario. El mercado provoca que estas trabajadoras autónomas que en su día pudieron ser compañeras de trabajo se conviertan en competidoras que se pelean por la obtención del contrato con la gran empresa; y, obviamente, esta rivalidad significa ofrecer el máximo servicio al mínimo coste, es decir, el aumento de beneficio por parte del capitalista.

Con las cooperativas sucede tres cuartos de lo mismo. La lógica del mercado impregna a cualquier empresa que pretenda ser competente dentro de éste —y si no lo pretende no podrá sobrevivir—, y ésta deberá decidir de dónde saca su capacidad de ser

4. Uno de los casos más conocidos es el de Amancio Ortega, máximo accionista de Inditex (Zara, Massimo Dutti, Pull & Bear, Bershka, etc.). Es el ejemplo perfecto de movilidad social: de trabajar con 14 años en una tienda de ropa a ser la quinta persona más rica del planeta, según la revista Forbes. Lo que esconden estas huodas del origen de clase es que, por mucho que hayan ciertas personas que puedan pasar de una clase a otra, las condiciones que garantizan este tipo de relaciones siempre harán que haya dos clases bien diferenciadas.

competitiva y beneficiosa a la vez: de sus trabajadoras —en este caso serían las mismas cooperativistas las que se rebajarían el sueldo, autoexplotándose—, de sus clientes —extrayendo el beneficio engañándolas o sobrevalorando el producto—, o en el aumento de la producción —explotándose aún más con el aumento de la actividad, envenenando el medio ambiente, etc.

De la misma manera, y para no menospreciar la valiosa actividad desarrollada por muchas compañías en la elaboración de proyectos cooperativos, queremos señalar que sabemos que muchos de estos proyectos funcionan, y funcionan bien. Pero lo hacen gracias a la apuesta colectiva para que tiren adelante, ya sea en el formato de biblioteca, centros de barrio, distribuidoras... Lo que decimos aquí —y puede que siendo demasiado reiterativos— es que si, a parte de ofrecernos un servicio, estos proyectos pretenden poder dar de comer a aquéllas que los desarrollan, tarde o temprano se preocuparán por su rentabilidad y, entonces, explotará en sus manos.<sup>5</sup> Por ahora, muchas cooperativas salen a flote gracias al apoyo incondicional —nacido de una posición ética— de las consumidoras. Muchas de éstas se pueden permitir el lujo de comprar productos biológicos, libres de transgénicos o que paguen un sueldo más decente a sus trabajadoras a costa, seguro, de un incremento del precio del producto. El caso es que nosotras no podemos competir con una empresa que explota a trabajadoras de Indonesia pagándoles un sueldo veinte veces inferior al de aquí. Si queremos que nuestra cooperativa funcione conforme a nuestros valores —y esto podría ser, por ejemplo, no

autoexplotándonos más de lo que lo haríamos en cualquier otra empresa—tendremos que jugar con la buena voluntad de la gente que decida comprarnos a nosotras el producto al doble que se encuentra en el mercado... y eso es, a nivel mercantil, insostenible a largo plazo. Si montamos, por ejemplo, una cooperativa librería con material político, la cosa puede funcionar. Ahora bien, si aparece una en cada barrio, o bien los clientes se reparten y hunden la viabilidad de cada una de ellas, o bien se mantienen fieles a una o dos de ellas provocando la inviabilidad del resto. Sea como sea, los criterios del mercado son incompatibles con la posición ética de la consumidora de estas cooperativas. Que quede claro que valoramos el esfuerzo y dedicación de las personas que apuestan por sacrificarse en una cooperativa por tal de que unos libros —o contenidos—, o una buena alimentación —ecológica— puedan estar al alcance de la gente. Puede ser que sin este esfuerzo fuera más difícil la difusión de la crítica radical o el mantenimiento de un saber agrícola menos agresivo con el medio ambiente; pero la pregunta es hasta dónde estamos dispuestas a llegar para mantener la viabilidad económica de los proyectos.

—**La identificación con la empresa.** El cooperativismo podría ser un paradigma sobre el que se afianza el toyotismo<sup>6</sup>. En muchos procesos cooperativos lo que se consigue es que, gracias a la solidaridad entre las trabajadoras, el trabajo —que de otra manera no se podría conseguir— se acaba efectuando. En la mayoría de los trabajos actuales la gobernabilidad de la empresa tiende a la cesión de responsabilidades a las

5. Booomm!!!

6. El toyotismo ha sido el sistema de producción fabril que ha desplazado al taylorismo y al fordismo en la producción en cadena, favoreciendo, entre otras cosas, la identificación de las trabajadoras con los intereses de la empresa.



trabajadoras, y esto provoca un sentimiento de participación en el proyecto de la empresaria. Al fin y al cabo, de lo que se trata es de un proceso paralelo al que utiliza la gestión democrática ciudadanista. Gracias a la colaboración con el proyecto empresarial — también válido para la empresa Barcelona— se evitan huelgas y exigencias de mejoras salariales, así como se llega a justificar el empeoramiento de las condiciones laborales por la salvación del proyecto. Las cooperativas o el trabajo autónomo, en todo caso, ayudan a desconflictivar el proyecto expansivo de la gran empresa capitalista. Aquello que de otra manera no asumiríamos, siendo nosotras mismas nuestra propia empresa, lo acabamos asumiendo.

—**La mitificación de la recuperación de fábricas, el fantasma de la «argentinitis».** ¿Cuántas de nosotras hemos escuchado hacer apolo-

gía de la autogestión obrera a partir de la experiencia de las recuperaciones de fábricas en Argentina (por ejemplo, Zanón), en los 70 y 80 en el Estado español (Numax<sup>7</sup>), o en el período de descolonización —relativa— de Argelia? Las fábricas recuperadas son fábricas que han sido dejadas por las capitalistas justamente porque no eran rentables para ellas. La experiencia de Argentina nos demuestra que estas fábricas han podido volver a ser rentables para el mercado a partir de volverse competitivas al precio de autoexplotarse y funcionar dentro de la misma lógica empresarial que antes. Que apuntemos contra la mitificación de las recuperaciones del puesto de trabajo no quiere decir que menospreciemos lo que suponen: la gente puede mantener un trabajo para poder sobrevivir, se da un proceso colectivo que puede hacer emerger algo común y, si hay beneficios, estos se socializarán.

En estos casos, podemos ver que a pesar de haber cierta lucha tras

7. Recomendamos los documentales de Joaquim Jordà, de l'Escola de Barcelona, *Numax presenta y 20 años no es nada*, sobre el proceso de recuperación de una fábrica en los años 80 por parte de sus propias trabajadoras.

estas recuperaciones, si la dirección de la empresa se ha ido, no ha sido por la presión de las trabajadoras sino por otros motivos —recesión económica, delitos económicos, etc. Por tanto, la empresa bajo el control de las trabajadoras en realidad quiere decir que éstas están bajo el control de la empresa, es decir, que la lógica de la competencia continuará condicionando la producción, independientemente de quien la gestione. Si la autogestión hace que nuestras condiciones materiales mejoren, entonces apostamos por este proceso. Si no, sólo se queda en el campo de la crítica a cómo se tendría que gestionar el capital y, por tanto, argumentar que podría existir un capitalismo igualitario si éste se gestionara correctamente. Es decir, si la expropiación a la capitalista se hace para redirigir la producción hacia la satisfacción de las necesidades, entonces es la autogestión que defendemos. Por contra, si se trata de volver al trabajo, producir lo mismo y vender las mercancías pero sin la dirección del patrón, entonces es autoexplotación.

Evidentemente, la realidad no es blanca o negra y, como la lucha de clases bebe de las contradicciones que da esta realidad, «la autogestión» en abstracto tampoco la podemos refutar. A pesar de que la autogestión no es la alternativa al capitalismo, sí que nos puede ayudar a caminar para superarlo, ya que la lucha por la gestión colectiva de las productoras puede hacernos ver la coincidencia de intereses como explotadas, puede ayudarnos a romper el aislamiento y el individualismo del «sálvese quien pueda» y, lo que es más importante, el hecho de pasar por la autogestión de nuestro espacio de explotación puede permitirnos darnos

cuenta de que esto no soluciona la explotación en sí. No es necesario pasar individualmente por estos procesos para darnos cuenta de esta trampa contrarrevolucionaria, pero seguramente a un nivel colectivo alguna gente apostará por la fórmula autogestionaria hasta que no se dé cuenta que la satisfacción de las necesidades de toda la sociedad no pasa por cambiar las formas de quién gestiona qué, sino de un cambio profundo de la totalidad de las relaciones sociales.

Si este debate nos parece demasiado abstracto, fijémonos en lo que nos puede suceder si nos dejamos embelesar por el término autogestión. En verano del 2011, a algunas nos sorprendió el anuncio del cierre del Hospital Dos de Mayo. El primer día de movilización éramos unas cuantas a las que se nos hizo la boca agua cuando oímos a algunas trabajadoras hablar de la autogestión del hospital. Pero, ¿qué significa la autogestión de un hospital? Un hospital nada más tiene tres maneras de subvencionarse: por parte del Estado, de forma privada a partir de sus socias o clientes, o a través de los impuestos con una gestión del capital por parte de un grupo privado. Si nos fijamos detenidamente —y finalmente parece que es lo que está pasando—, lo que se da cuando se habla de autogestión por parte de las trabajadoras es un proceso de privatización donde, como ya hemos señalado a lo largo del texto, una empresa que no es rentable con un formato clásico pasa a serlo vestida como cooperativa de trabajadoras. El Estado, de esta manera, mata dos pájaros de un tiro: por una parte evita el conflicto laboral a la hora de recortar presupuestos, desplazándolo hacia la movilización de las currelas en

8. Recomendamos los artículos aparecidos tanto en *Cuadernos de negación* como en la revista *Ruptura* sobre clases sociales. Podéis encontrar sendos artículos en los siguientes enlaces: <http://gruporuptura.wordpress.com/2010/04/02/las-clases-en-la-sociedad-capitalista/> y también en <http://cuadernosdenegacion.blogspot.com/2009/09/nro-2-clases-sociales-o-la-maldita.html>

la salvaguarda de sus lugares de trabajo y, por otra, consigue que el servicio que anteriormente se estaba ofreciendo continúe, evitando así el malestar de las usuarias. Tiempo al tiempo, pero si no ya lo veremos... el copago será introducido en este tipo de ensayos y no será de la mano del *Institut Català de la Salut*, sino por parte de las trabajadoras del hospital alegando a la solidaridad con un servicio pretendidamente indispensable.

### **La maldita costumbre de llamar a las cosas por su nombre<sup>8</sup>**

Somos trabajadoras, tanto si nos gusta como si no. No es una cuestión de ética, moral o política o porque nos queramos aferrar a palabras que algunas ya han abandonado. Somos trabajadoras por una cuestión objetiva: en el mundo capitalista estamos condenadas a tener que pasar por el circuito del trabajo para poder sobrevivir. Somos desheredadas, y el hecho de tener un coche —o en algunos casos un piso de propiedad— no nos libra de esta lacra. Tanto si estamos buscando trabajo como si hacemos todo lo posible por evitarlo, tanto si basamos nuestra economía en la expropiación como si le pedimos limosna a nuestras madres o al Estado en la forma de subvenciones o becas, nuestra condición es la de ser explotadas. Y sólo la destrucción del trabajo y las relaciones que de éste se derivan podría situarnos en un nuevo contexto. Si decimos esto no es porque nos guste el victimismo o porque no queramos ver que aun así hay otras personas que pueden llegar a sufrir mucho más que nosotras las relaciones de producción y reproducción capitalistas. Si lo decimos es porque, si en algún momento se nos olvida, podemos llegar a caer en la ilusión tan extendida de que es posible hacer un salto en nuestra condición proletaria y convertirnos en personas libres de las relaciones capitalistas sin tener que pasar por una guerra abierta contra el capital, ya sea montando nuestra empresa, ya sea trabajando para nosotras mismas. Y esto es mentira.

Con esto no pretendemos caer en el absurdo obrerista de la mitificación del sujeto fabril, nada más lejos. Que seamos trabajadoras



no quiere decir que *sólo* seamos trabajadoras ni, mucho menos, que *queramos* seguir siéndolo. Lo que queremos decir es que, aunque estemos atravesadas por diversas dominaciones, la sociedad de clases sigue más firme que nunca.

### *Si vis pacem para bellum*

En una época de derrota como ésta, prácticamente sin ningún referente político integral, que hagamos un texto de crítica sobre los intentos de una alternativa de muchas puede ser desilusionante. No es cuestión de tirar mierda sobre las cosas que hacen las demás, lo sabemos, pero tampoco debemos mirar a otro lado mientras que, con intenciones emancipadoras, podemos estar construyéndonos obstáculos para la lucha anticapitalista.

Que quede claro, entonces, que no criticamos a aquéllas que —igual que nosotras— tienen actividades contradictorias, sino el hecho de que intenten convencer de que es posible superar el capitalismo a la vez que evitar el enfrentamiento con aquéllas que lo defienden. Que todo el mundo intente lo que haga falta, lo que crea conveniente, que no paren nuestras mentes de crear y construir, pero que nadie intente convencer al resto de que la lucha pasa por un lugar diferente al de acabar con el capitalismo, es decir, al de destruir las relaciones que lo sustentan así como las que lo reproducen. Y esto, queramos o no, implica conflicto, confrontación y violencia.

Puede ser que si en nuestros entornos se oyen estas ideas es porque aún hay quien cree que el capitalismo es sólo un sistema económico injusto que beneficia a unas pocas en perjuicio de las demás. Esta versión reformista se organizará por tal de conseguir ciertos cambios institucionales y legislativos que hagan repartir de una manera equitativa la riqueza que la gran mayoría producimos. La versión «revolucionaria» querrá echar a la minoría parasitaria y que organicemos, a partir de ahí, la economía de una forma colectiva e igualitaria. Ambas visiones creen que el cambio pasa por *quién decide* y por *cómo se gestiona* la economía. Ambas visiones

están equivocadas. El capitalismo no es un pequeño grupo de gente muy rica, este grupo existe y son las que más privilegios tienen en esta manera de funcionar, pero sólo son una parte del problema. El capitalismo tampoco es una manera de organizar la economía a pesar de que sus pilares sí surgen de quién, cómo y qué se produce en esta sociedad. Pero la forma que toma este sistema hoy en día ha salido del estrecho marco del mundo laboral extendiéndose al resto de aspectos sociales que hasta entonces habían tenido cierto margen de libertad. Ahora la generación del capital no se limita a la producción, sino que intenta crecer ininterrumpidamente a partir de la mercantilización de los recursos básicos —agua, tierras productivas, etcétera—; de la explotación de la Tierra, plantas y el resto de animales; y de todo lo que produce vínculo social —comunicación, afectos, conocimientos, etc.

Así las cosas, vemos que *el capitalismo es una relación social* que atraviesa todos los aspectos que nos afectan como seres humanos y que falsamente se intentan presentar como compartimentos estancos: economía, política, cultura, etc. Si no nos enfrentamos a estos en todas sus formas, el capitalismo volverá a desarrollarse. Si no vemos que no es solamente una relación que se establece entre las clases poderosas y el resto sino que lo reproducimos entre nosotros, horizontalmente, el capitalismo volverá a surgir una vez hayamos echado a las capitalistas del Poder. Entonces vemos que, si por lo que luchamos es por una forma de vida en sociedad que no esté basada en la explotación ni la opresión, esto condicionará inevitablemente qué y cómo se gestionaría cada aspecto de esta sociedad. No necesitaríamos instituciones especializadas ni especialistas para encargarse de la economía o la política, entre otras, ya que forman parte de un todo que es la vida, y como un todo lo hemos de tratar.

Los malabarismos teóricos que hacen proyectos como la Cooperativa Integral Catalana o Democracia Inclusiva no resuelven la contradicción entre problema genérico y soluciones parciales que aquí estamos criticando. A pesar de que hablen en sus textos de



la necesidad de una respuesta integral, ésta solamente la están materializando con una suma de parcialidades. No entraremos aquí a hablar de estos dos proyectos pero sí que queremos remarcar el aspecto más importante que se relaciona con lo que estamos tratando. Por mucho que hemos buscado en sus escritos, no hemos encontrado nada sobre el inevitable conflicto contra las que defienden el capitalismo, y esto es lo preocupante. Quizá no hablen porque creen que mientras estemos en un proceso creativo, de generación de contrapoder, el Estado no nos reprimirá. En este caso, estos proyectos se hundirán en cuanto, sorprendidas e incrédulas, les lluevan las hostias legales o ilegales por todas partes. Quizá no hablen de la posible represión, de la necesaria preparación para el conflicto porque estratégicamente no lo quieren decir. Quizá piensen que no es cuestión de asustar con ideas paranoicas sobre una futura represión a la gente que se puede acercar; quizá si miramos a nuestro alrededor vemos que la represión siempre está donde hay lucha; quizá si no intentamos engañar a la gente, cuando los problemas lleguen a nuestro proyecto estaremos preparadas para afrontarlos.

Cuando intentemos buscar maneras que

no se basen en los presupuestos capitalistas o, incluso, que intenten ser contrarias a éstos, hemos de tener en cuenta que el capitalismo es totalitario. No existe un «afuera» y esto implica que quien lo defiende intentará impedir todo lo que lo ponga en peligro. Por tanto, la histórica discusión del movimiento revolucionario entre proceso constructivo/destructivo no puede decantarse hacia ninguno de estos supuestos contrarios. Cualquier intento de crear una sociedad paralela a la actual se encontrará, en un primero momento, con la inercia de funcionar con valores explotadores y opresivos aunque sea de forma inconsciente y, más tarde, con la oposición frontal de las defensoras del *statu quo*. Cualquier intento de destruir lo existente si no tiene las infraestructuras básicas para este combate y las mínimas para sobrevivir socialmente a este mismo, está abocado al fracaso. La necesaria relación dialéctica entre construir y destruir tiene que estar inscrita en nuestra praxis revolucionaria si realmente queremos acabar con toda dominación. Construimos preparándonos para el enfrentamiento; nos enfrentamos para abrir grietas para la construcción. Aunque parezca una obviedad: no se puede vivir sin capitalismo hasta que no acabemos con él.

## AUTOPRODUCCIÓN, MITOS Y REALIDADES

Cuando intentamos pensar en unas formas de abastecernos que salgan de las lógicas capitalistas nos encontramos ante un muro bastante opaco. Muchas veces se nos presenta la gratuidad, en diversas formas, como una posible solución: tiendas gratis, reciclaje... Si bien esto es ahora posible en esta sociedad de opulencia, no dejan de ser los despojos, los restos de esta misma opulencia. Es un modelo difícil de promover como salida del capitalismo en tanto que se sostiene sobre la sociedad industrial que éste mismo genera. En el momento en el que se acabe esta sociedad, ¿cuántas de nosotras nos pelearemos para poder reciclar? Es en este contexto cuando unas cuantas nos planteamos los proyectos en el campo como una forma de abastecernos mediante la autoproducción, es decir, intentando no tener que recurrir al mercado ni a la moneda como un posible camino hacia la recuperación de formas de vida enraizadas en el entorno, en los saberes más antiguos. Pero no nos podemos engañar, esta vía requiere muchos esfuerzos, tiempo e inversión. Es un planteamiento a largo plazo que requiere de mucha paciencia para conseguir algo, empezando por la recuperación de saberes ligados a la tierra y la familiarización con un medio a menudo desconocido.

Aunque de entrada nos parezca un camino coherente, muy pronto nos encontramos con nuevas contradicciones. La primera es el hecho de que para conseguir una plena autoproducción necesitamos una dedicación a tiempo completo por parte de las integrantes del proyecto, hecho que casi no deja espacio para seguir luchando. Esto es así porque los ciclos de crecimiento de las plantas no se adaptan a los momentos álgidos de las revueltas o a momentos de intensa agitación. Quizá nuestras tomateras también estaban indignadas, pero no habrían entendido que nos fuéramos todas a acampar a la plaza Catalunya en mayo del 2011. Los ritmos difieren mucho, al igual que las obligaciones. Y ya no digamos las que tienen animales.

No podemos pensar que a los dos años ya

seremos autosuficientes, lo que implica que no se pueda plantear como alternativa a corto plazo. Muchas de nosotras solamente hemos vivido en la ciudad, y entender el campo requiere tiempo. Pensar los huertos, las rotaciones o las necesidades de cada planta exige un interés y un aprendizaje preciso —por suerte existen muchos libros y manuales, así como experiencias de vecinas para ayudar a las neófitas. Entre los errores de principiantes y la dependencia a los ciclos vegetales, las cosas nunca acaban de salir como queríamos. Estos proyectos necesitan también de una mínima inversión en materiales, máquinas agrícolas y herramientas que nos facilitarán el trabajo. Es decir, tiempo, esfuerzo, trabajo y algún dinero frente a la gratuidad de la ciudad. Pero la recompensa, el disfrutar de nuestra propia cosecha, es un placer que no tiene límite.

A pesar de estos puntos negros, hay muchos proyectos en el campo que funcionan bien. Nosotras vemos importante mantener lazos entre los proyectos del campo y los de la metrópolis, ya que la barrera social que los separa se ha tornado inexistente. La ciudad extiende sus tentáculos desde el núcleo hasta sus extremidades; el proyecto expansionista de la urbe convierte el territorio en un tejido de comunicaciones donde el centro domina todo lo demás. Así que intentar dicotomizar la lucha entre irnos al campo o quedarnos en la ciudad es estúpido, ya que cualquier proyecto que pretenda estar al margen desde el campo se verá con la expansión urbana a las puertas de su casa —MAT, AVE, etc. De la misma forma, quedarse en la ciudad y esperar basar la revolución desde un ángulo puramente destructivo condena a las sujetas a rapiñar los despojos y al saqueo de supermercados para conseguir los alimentos que provienen del extrarradio —cualquier lugar del mundo. La relación entre el núcleo y las extremidades deviene indispensable para poder tener un proyecto revolucionario que realmente integre en una misma lucha la destrucción del mundo que nos precede y la construcción del mundo que queremos vivir.



## RESEÑAS

### **Anotaciones en torno a la crisis**

Colectivo Etcétera

Contacto: Apartado de correos 1363

08080 Barcelona

etcetera@sindominio.net

[...] no es el capitalismo el que está en crisis sino que es el capitalismo, en su dinamismo, el que nos pone en crisis, el que pone en crisis a la naturaleza, al trabajo, a los modos de vida aún no absorbidos por el capital, a la humanidad en general. (...) La crisis, a través de los media, se convierte en un referente, en una construcción simbólica totalizante en nombre de la cual todo debe subordinarse, cualquier cosa, cualquier sacrificio puede exigirse: despidos, resignación, sumisión... Juega como el terrorismo, otra de las construcciones simbólicas, en nombre de la cual cualquier barbarie es legítima.

La palabra crisis suena por doquier y, como un canto de sirena, pretende que nos ajustemos más y más el cinturón y aceptemos con aún más sumisión las condiciones que nos impone el Capital. Crisis financiera, inmobiliaria, burbujas que explotan, IBEX35, FMI, Banco Mundial... Aquellas que estamos en contra de la Economía —en contra de la separación entre cómo cubrimos nuestras necesidades y satisfacemos nuestros deseos del resto de esferas de nuestra vida— acabamos por menospreciarla hasta el punto que, habitualmente, decidimos no hacer el esfuerzo por entenderla. En este contexto aquellas que no nos conformamos en situarnos en la dicotomía público/privado (o lo que es lo mismo: fortalecimiento del Estado o intervención de éste sólo en los aspectos de control social que permitan el buen gobierno capitalista) nos encontramos ante la dificultad de encontrar textos que hagan un

análisis —marxista o no— apostando por una destrucción total del Estado. Es aquí donde el conjunto de los diferentes textos que el colectivo Etcétera ha publicado a lo largo de los años 2009 y 2010 en su revista nos aportan un análisis crítico que responde a nuestras aspiraciones anticapitalistas contribuyendo a llenar parte de nuestros vacíos.

El trabajo además de ser el principio de la plusvalía y por lo tanto de la acumulación de beneficios tiene también el plusvalor simbólico de ser una de las causas y consecuencia de la dominación. El trabajo es aún una forma de socialización y culturalización en esta sociedad capitalista, y por ello la desaparición de los puestos de trabajo pone en peligro el mismo sistema. Es difícil imaginar a la sociedad disponiendo de dinero pero afrontando el día a día sin trabajo, pues este ordena la vida, las diferencias, bloquea los deseos y conduce a la sumisión.

### **Los Comités de Defensa de la CNT de Barcelona (1933-1938)**

Agustín Guillamón

Edita: Aldarull

Contacto: C/ Martínez de la Rosa 57

08012 Barcelona

editorial@aldarull.org

Este libro arroja luz sobre unos organismos normalmente obviados por la historiografía (tanto la oficial como la anarquista) y que sin embargo jugaron un papel decisivo el 19 de julio de 1936 en Barcelona y en la organización de la vida en la ciudad durante los meses subsiguientes. Acaba así con el mito del espontaneísmo de las masas trabajadoras, tanto a la hora de derrotar al ejército en las calles como en lo que fue el final del proceso revolucionario

por ellas iniciado, los sucesos de mayo de 1937. Y lo hace a partir de las actas de plenarias tanto confederales como faístas y otros documentos de la época, además de detallar pormenorizadamente los combates que se libraron en las calles barcelonesas entre esas dos fechas cruciales.

La futura misión de los comités de defensa (que ya existían previamente) fue definida en octubre de 1934, en plena insurrección de la cuenca minera asturiana, con el objeto de sustituir a la llamada «gimnasia revolucionaria» insurreccional por el altísimo coste represivo y los pocos resultados que venía ofreciendo esa táctica desde su adopción unos diez años antes. Previendo una guerra larga y costosa con dieciocho meses de antelación, los comités de defensa debían ser el embrión del futuro ejército revolucionario, y hasta que llegara el momento asumieron tareas de información, entrenamiento armado e intendencia. Los comités de defensa estaban financiados por la CNT y supeditados a sus decisiones, y los formaban clandestina y rotativamente grupos pequeños de militantes sindicales anónimos. Estos comités catalizaron y coordinaron con éxito la respuesta popular al levantamiento militar, y de ellos surgieron las milicias populares que partieron inmediatamente al frente, así como los comités revolucionarios de barrio que la semana siguiente ya se habían hecho cargo de la organización de hospitales, comedores, requisaciones y de la coordinación del Comité Central de Abastos. Sin embargo, un pleno de Locales y Comarcales renunció a la toma y abolición del poder y dio lugar a la duplicidad de poderes que en lo sucesivo existiría en Catalunya (Generalitat por un lado y CCMA por otro).

La tesis del libro es que, contrariamente a lo decidido por la FAI un mes antes del levantamiento militar, se tendría que haber profundizado en la fórmula de los comités de defensa como órgano revolucionario e imponer un orden revolucionario no dejando al Estado rehacerse, copiando la coordinación que se había dado en Barcelona. Cuando la FAI quiso reaccionar ya era tarde, se había abierto un abismo entre los comités superiores de la CNT, comprometidos con una Generalitat ya recuperada y suficientemente fuerte con la ayuda del PSUC, y los comités locales y de barrio. Fueron

éstos últimos los que volvieron a las barricadas después del asalto al edificio de la Telefónica sin necesidad de ninguna consigna en mayo de 1937, esperando en vano la proclamación de una Junta Revolucionaria y la abolición de la Generalitat.

No hay revolución sin preparación; y cuanto más intensa e inteligente sea ésta, mejor en su día se impondrá aquélla. Hay que acabar con el prejuicio de las improvisaciones, por inspiración exaltada, como únicas formas factibles en las horas de las dificultades. Ese error, de la confianza en el instinto creador de las masas, nos ha costado muy caro. No se procuran, como por generación espontánea, los medios de guerra inexcusables para combatir a un Estado que tiene experiencia, fuerte armamento y mayor capacidad ofensiva y defensiva.

Ponencia del Comité Nacional de los Comités de Defensa (CNCD) del 11 de octubre de 1934.

Ya a principios de 1936 las discusiones entre la militancia anarcosindicalista giraban entorno a la «toma del poder» y el «ejército revolucionario», problemas que quedaron irresueltos. Fue esta irresolución, junto a una organización fuertemente burocratizada, la que permitió a la burguesía rearmarse con la ayuda del estalinismo y derrotar política y militarmente a la revolución en marcha. Las compañeras que se enfrentaron a estos problemas en aquellos días se encontraban ante una situación inédita, sin referentes previos a los que recurrir. La próxima vez no podremos decir lo mismo.

### **El incendio milenarista**

Yves Delhoysie y Georges Lapierre

Edita: Pepitas de calabaza

Contacto: Apartado de correos 40

26080 Logroño

pepitas@pepitas.net

En estos meses en los que nuestra cotidianidad está sujeta a los altibajos de los mercados financieros, merece la pena reseñar un libro que nos habla de las luchas en la Europa occidental en una época donde justamente se estaba imponiendo el dinero. *El incendio milenarista* fue publicado por primera vez en Francia en 1987 por el grupo Os Cangaceiros, firmado

con los pseudónimos Yves Delhoysie y Georges Lapierre. Es preciso indicar que la presión policial sobre el grupo les llevó a abandonar la distribución del libro y a dejar centenares de ejemplares en lugares públicos.

El libro nos sitúa en la época medieval, entre los siglos XII y XVI. Momentos revueltos por los cambios sistémicos que intervienen: el paso del sistema feudal al sistema capitalista así como el despegue de la burguesía a costa de la nobleza. Es en este momento cuando surge una fe en el advenimiento de la Edad de Oro; fe religiosa que cree en la instauración del paraíso en la tierra por mil años donde todas serán iguales, donde ya no habrá ricos ni pobres, siervas ni nobles. Estas ideas se expanden entre las clases pobres (campesinas, artesanas, siervas u obreras) de la naciente industria y desemboca en prolongadas insurrecciones que recorren Europa durante más de tres siglos. Siguiendo muchas veces un mismo guión: se queman iglesias, monasterios y conventos, se saquean los castillos y casas de las ricas, se decreta la propiedad de lo común, el reparto de las riquezas, la vuelta de lo comunal. Y todas terminan igual: derrotas, traiciones y baños de sangre. Si bien es una fe religiosa la que alimenta esos movimientos, a lo que aspiran (o construyen cuando ganan el tiempo necesario para hacerlo) es una sociedad que se acerca al comunismo. Utopías de un día o varias semanas, orgías y amor libre, saqueos y hogueras, abolición del trabajo asalariado...

Sin caer en la mitificación de estos movimientos o esconder sus derivas y defectos (sectarismo, progromos...) los autores nos descubren otra sociedad medieval comunista. Días en los que bandas armadas de pobres, volviendo la religión contra la propia Iglesia (y sus diferentes reacciones luteranas o calvinistas), ponen en jaque al orden feudal, luchan contra las viejas relaciones sociales y la imposición de un nuevo dios, el Dinero.

Y me parece que caminamos hacia una conquista segura, porque aquellos que podrían ponernos obstáculos están desunidos y son ricos. [...] No os dejéis amilanar por esa antigüedad de la sangre que

tanto se jactan, porque todos los hombres tienen un mismo origen; por tanto todos son igual de antiguos y la naturaleza nos ha hechos a todos partir de un modelo único. Desvestidos y desnudos, seríais todos semejantes; ciñámonos sus vestidos y que ellos se pongan los nuestros; nosotros pareceremos sin lugar a dudas nobles y ellos gente del común, porque solo la riqueza y la pobreza generan la desigualdad.

Insurrecto Ciompi en la ciudad de Florencia, 20 de julio del 1378.

Recomendamos la lectura de *Q* del colectivo Luther Blissett (1999) y *En pos del milenio* de Norman Cohn (1957) para darle una visión más amplia a lo que fueron los movimientos milenaristas en Europa occidental.

### Aversión

Contacto: [aversion@riseup.net](mailto:aversion@riseup.net)

Una nueva publicación, un nuevo periódico anarquista que busca ser una contribución más a la comunicación, el debate y la acción, a nuestra lucha por la libertad.

Una definición sencilla, concreta, pero sobre todo humildemente cierta. Desde que apareció este periódico hace un año, y a lo largo de los cuatro números ya publicados, esta inicial declaración de intenciones se ha ido materializando en toda una serie de textos inteligentemente escogidos.

Estamos acostumbradas, desgraciadamente, a que la propaganda anarquista se limite a repetir cuatro ideas mal asimiladas y aún peor explicadas. *Aversión* rompe con esta dinámica. Por un lado, por la profundización, de una manera real, en los planteamientos teóricos que podemos leer en sus páginas. Por otro, porque la selección de noticias y experiencias de lucha de otros lugares del mundo que nos presenta no son una mezcla ideológicamente escogida para poder evidenciar que «estamos en guerra». Al contrario de esta tendencia habitual, la elección que hace *Aversión* nos permite, si analizamos lo que realmente hemos de aprehender, armarnos, ahora sí, para la guerra social que estamos obligadas a luchar.

## 15M Obedecer bajo la forma de la rebelión

Colectivo Cul de Sac  
Edita: Ediciones el Salmón  
Contacto: Calle Gonzalo Mengual 21 5B  
03013 Alacant  
revistaculdesac@gmail.com

Los indignados no han puesto en duda ninguna cuestión de primer orden para el funcionamiento de la sociedad. El que hayan reaccionado a un orden injusto no quiere decir que lo hayan entendido en absoluto. Mas bien porque no lo han hecho, su protesta ha tenido cierta capacidad de convocatoria: no ponía en peligro nada importante.

Puede parecer contradictorio escribir un texto sobre nuestra participación en escenarios como el 15M y reseñar un libro que nos pone a caldo por ello. Podríamos decir sin sonrojarnos que estamos de acuerdo con prácticamente todo lo que dice este opúsculo. Del 15M poco se puede rascar y lamentamos que aún haya gente —cercana, para más inri— que crea que éste pueda devenir algo radical, ya no digamos revolucionario.

Si bien es cierto que el tono del texto a veces raya la soberbia, no por ello el análisis que hace del «movimiento» es menos acertado. Es la pataleta de la consumidora engañada lo que define la indignación y aunque el capitalismo se base en la falsedad —por necesidad y principio— no es el reclamo de «que nos den lo que nos prometieron» lo que podrá poner patas arriba la situación actual.

Aun así, si nos aventuramos por el mundo de la ocupación de plazas —y sus posteriores consecuencias— fue, como decimos en el texto «Quien no arriesga no gana», por la simple razón de probar a ver qué pasaba. Evidentemente, este activismo a palos de ciego —valga la redundancia— es consecuencia de la falta de claridad de nuestro *qué hacer*. Nuestro en tanto que colectivo *Terra Cremada* y en tanto que entorno político. Esta confusión política que adolecemos lleva a muchas a ver aspectos positivos —ciertas tendencias al apoyo mutuo, crítica práctica al pacifismo, etcétera— como producto del 15M cuando en realidad se han podido manifestar *a pesar* de él.

Esperamos que la valoración que hacemos de nuestra experiencia pueda verse como algo complementario de lo que este libro plantea en términos más teóricos.

Sin ideas claras sobre lo que hacemos es imposible que se actúe de forma consciente contra lo que nos oprime.

## Calibán y la bruja

Silvia Federici  
Edita: Traficantes de Sueños  
Contacto: Embajadores 35 local 6  
28012 Madrid  
editorial@traficantes.net

Aunque es cierto que este texto ha sido reseñado en numerosas ocasiones en publicaciones que nos son cercanas — y por lo tanto ya sabemos que es conocido por muchas de nuestras compañeras— hemos decidido reseñarlo a sabiendas que pocas cosas podremos decir de nuevo. Si así ha sido es porque pensamos que es preciso remarcar que este texto servirá —tal y como nos ha servido a nosotras— para no intentar nunca más desligar capitalismo de patriarcado. Federicci, acertadamente y recogiendo la tradición feminista más revolucionaria, llena el vacío que —de forma intencionada— dejan dos figuras capitales en el análisis del funcionamiento y gobierno capitalista: Marx y Foucault. Esta autora señala el inexplicable descuido que gran parte de la literatura marxista hace al obviar el papel que la esclavitud de la mujer tiene en la acumulación original capitalista —y por tanto el papel clave del patriarcado al conseguir una reproducción de la fuerza de trabajo a coste cero— así como la intencionada omisión que Foucault hace en su *Historia de la locura en la época clásica* de la caza de brujas. Pero la autora no se queda sólo en una crítica de estos dos autores sino que, aprovechando las valiosas aportaciones de ambos, añade la mirada feminista, una mirada que después de leer el libro ya no podremos nunca más obviar. Es probable que Federicci no diga muchas cosas nuevas ni haga grandes aportaciones al discurso feminista revolucionario pero a muchas de nosotras nos ha ayudado a ordenar un poquito mejor nuestras ideas respecto a la estrecha relación entre capitalismo y patriarcado.